

CONVERSIÓN, LLAMAMIENTO Y TESTIMONIO

Menno Simons

Introducción

Fuente: Wenger. Obras.

En proporción al volumen de sus obras, nuestra antología hace poca justicia a los teólogos radicales de la segunda generación. Los escritos de estos son más sintéticos, menos originales y más completos pero no se prestan tanto a la extracción de pasajes representativos. Poco es lo que incluimos de Pilgram Marbeck y de Schwenckfeld así como de Franck, y nada de los líderes hutterianos Riedemann y Walpot.

Más que ningún otro fue Menno Simons quien salvó en los Países Bajos los restos del movimiento melchiorita después de Münster, aun sin ser él mismo melchiorita. A partir de la década de 1540 se llamó "menonitas" a los anabaptistas que rechazaban la violencia. Y así son llamados hasta hoy la mayoría de los descendientes del anabaptismo del siglo XVI, incluso los de origen suizo cuyos antepasados nunca tuvieron relaciones con los neerlandeses ni con Menno Simons¹. El nombre de "menonitas" expresa simbólicamente la importancia del reflejo post y antimünsterita. Para sobrevivir, este movimiento tuvo que distinguirse —tanto interior como exteriormente— de toda la herencia de Münster. Esta necesidad primordial aclara la forma particular del anabaptismo neerlandés.

De Menno Simons incluimos cuatro textos. El primero tiene carácter autobiográfico y se refiere a la misma época de la Confesión de Obbe Philips²; sin embargo, lo hace desde un punto de vista opuesto. Obbe Philips, inquieto por la legitimidad de la sucesión en el ministerio, se veía desacreditado por el derrumbe del movimiento melchiorita. Por su parte, Menno Simons, preocupado por la autoridad de la sola Escritura en la Reforma, sostiene la legitimidad de su ministerio por el hecho mismo de no haber él recibido sus convicciones a través de ningún hombre.

El cristianismo medieval reconocía dos clases de excomunión en función de la síntesis de iglesia y sociedad. La "excomunión menor", es decir: la prohibición de participar del sacramento, no tenía para los radicales la misma fuerza, dado que su concepto de los sacramentos contenía menos de la dimensión sagrada o numinosa. La "excomunión mayor", o sea la exclusión absoluta de participar en la sociedad civil, y hasta el destierro, no era posible ni admisible para los radicales dada la separación de ellos con el Estado. La excomunión que practicaban los anabaptistas, por lo tanto, viene a ser una tercera cosa: la separación o privación del trato social con los hermanos. Menno Simons se considera centrista, situándose entre los extremos de la fácil indulgencia, por un lado, y del rigor moralista y cruel, por el otro³. Entiende la separación, no como pena ni tampoco como búsqueda de pureza impecable sino como terapéutica pastoral, con el propósito de conducir al hermano errado hasta la reconciliación⁴.

La Patética súplica a todos los magistrados con su crítica de la injusticia y de la persecución, expresa un concepto positivo de Estado. El gobierno es puesto en el mismo marco dualista que en Schleithem⁵. Existe una remota posibilidad de que haya príncipes cristianos sinceros, que actúen dentro de la voluntad de Dios para mantener el orden civil. En este marco no habría guerras ni persecución religiosa, pero, aun así, existiría la "espada" de la paz civil.

El extracto más extenso trata del sentido del sufrimiento ("la cruz"): combina una apología defensiva frente a las justificaciones corrientes de la persecución religiosa con una teología de martirio. Este último pasaje es poco más que un mosaico de extensas citas bíblicas⁶.

A. APOLOGÍA, CONVERSIÓN, LLAMAMIENTO Y TESTIMONIO DE MENNO¹

Lector mío, te escribo la verdad en Cristo, no miento. Sucedió en el año 1524, el vigésimo octavo de mi vida² cuando asumí mis deberes de sacerdote en mi aldea paterna llamada Pingjum. Otros dos, más o menos de mi edad, oficiaban en las mismas funciones. Uno era mi pastor, persona bastante bien ilustrada. El otro estaba a mis órdenes. Ambos habían leído un poco las Escrituras pero yo nunca las había tocado, porque temía que en caso de leerlas podría descarrarme. He ahí cuán ignorante predicador fui yo por casi dos años.

Al año siguiente se me ocurrió cada vez que administraba el pan y el vino en la misa, que no eran la carne y la sangre del Señor. Pensé que el diablo me estaba sugiriendo eso para que me apartara de mi fe. Lo confesé con frecuencia, suspiré y oré, pero aun así no pude deshacerme de la idea.

Los dos jóvenes antes mencionados y yo pasábamos vanamente el tiempo jugando juntos a los naipes, bebiendo y divirtiéndonos, ay, como es costumbre y hábito de tales gentes inútiles. Y cuando llegábamos al tema de las Escrituras yo no podía hablar ni una sola palabra con ellos sin que se mofaran de mí, porque yo no sabía a dónde iba. Tan oculta estaba la Palabra de Dios para mis ojos.

Por fin se me ocurrió la idea de examinar diligentemente el Nuevo Testamento. No había avanzado mucho cuando ya descubrí que éramos engañados. Pero mi conciencia, perturbada a causa del ya mencionado pan, fue rápidamente aliviada, aun sin instrucción alguna. Hasta ahí, sin embargo, fui ayudado por Lutero: que los mandatos humanos no podían condenarlo a uno a la muerte eterna.

Mediante la iluminación y la gracia del Señor diariamente crecí en el conocimiento de las Escrituras y pronto fui considerado por algunos (no acertadamente, sin embargo), como predicador evangélico. Todos me buscaban y requerían; el mundo me amaba y yo amaba al mundo. Se decía que yo predicaba la Palabra de Dios y que era buena persona.

Después de esto ocurrió, antes de que yo tuviera conocimiento de la existencia de los hermanos³, que un temeroso de Dios y piadoso héroe, llamado Sicke Snijder, fue decapitado en Leeuwarden por haber sido rebautizado. Sonaba muy extraño para mi oír acerca

de un segundo bautismo. Examiné las Escrituras diligentemente y las consideré con seriedad, pero no pude encontrar indicios del bautismo de infantes.

Después que noté esto lo discutí con mi pastor y tras mucha conversación, él tuvo que admitir que en las Escrituras no había fundamento para el bautismo de infantes. Todavía no me atreví a confiar en mi propio entendimiento sino que consulté varios antiguos autores. Ellos me enseñaron que los niños mediante el bautismo son limpiados del pecado original. Comparé esta idea con las Escrituras y descubrí que ella hacía violencia a la sangre de Cristo ⁴.

Después consulté a Lutero ⁵. Porque yo estaba buscando los fundamentos del bautismo. Él me enseñó que los niños tenían que ser bautizados a cuenta de su propia fe. Noté que esto tampoco estaba de acuerdo con la Palabra de Dios.

En tercer lugar consulté a Bucero. Él enseñaba que los infantes tienen que ser bautizados para que puedan ser nutridos más cuidadosamente en el camino del Señor. Percibí que también esta doctrina carecía de fundamento.

En cuarto lugar consulté a Bullinger. Él señalaba al pacto y a la circuncisión. También esto lo encontré carente de prueba escritural.

Cuando advertí por todo esto que los autores variaban tan ampliamente entre ellos, siguiendo cada uno su propia sabiduría, entonces me di cuenta de que habíamos sido engañados respecto al bautismo de infantes.

Poco después fui transferido a la aldea en la cual había nacido yo, llamada Witmarsum, conducido allí por la codicia y por el deseo de hacerme famoso. Allí hablé mucho acerca de la Palabra del Señor, pero sin espiritualidad ni amor, como hacen todos los hipócritas, y por estos medios hice discípulos de mi misma clase, vanos, arrogantes y frívolos charlatanes que, ay, como yo, tampoco tomaban estos asuntos demasiado en serio.

Ya por entonces yo había adquirido considerable conocimiento de las Escrituras, pero lo desperdiciaba en las concupiscencias de mi juventud, en una impura, sensual e inútil vida, y no buscaba sino ganancia, molicie, favor de los hombres, esplendor, nombre y fama ⁶, como hacen generalmente todos los que navegan en ese buque.

Y así, lector mío, obtuve una comprensión del bautismo y de la Cena del Señor mediante la iluminación del Espíritu Santo, mediante mucha lectura y ponderación de las Escrituras, y por el gracioso favor y

dádiva de Dios. Pero no mediante la instrumentalidad de las erróneas sectas, como se dice de mí⁷. Tengo la esperanza de escribir la verdad y no busco vanagloria. Pero si algunos han contribuido y me han ayudado algo, entonces doy gracias eternamente al Señor por esto.

Mientras tanto sucedió, cuando yo había residido allí alrededor de un año, que algunos iniciaron el bautismo de adultos. Cuando llegaron los innovadores, o de dónde eran ellos, o quiénes eran ellos realmente, eso es hasta hoy desconocido para mí, tampoco los he visto nunca.

Después hizo su aparición la secta de Múnster por la cual en nuestra vecindad muchos piadosos corazones fueron engañados. Mi alma estaba muy turbada porque me daba cuenta de que, aunque eran muy fervientes estaban errados en la doctrina. Hice todo lo que pude para oponerme a ellos mediante predicación y exhortación. Conversé dos veces con uno de sus dirigentes, una vez en privado y otra en público, pero mis admoniciones no ayudaron, porque yo mismo todavía estaba haciendo lo que sabía no era correcto⁸.

Se divulgó el rumor de que yo podía silenciar fácilmente a esas personas. Todos se defendían a sí mismos mencionándome, no importa quién. Claramente vi que yo era el sostén y defensa de los impenitentes, pues todos se apoyaban en mí. Esto no me dio calma alguna para la conciencia. Suspiré y oré: "Señor ayúdame, para que no me vuelva responsable por el pecado de otros hombres". Mi alma estaba turbada y reflexioné acerca de las consecuencias, que si yo ganaba el mundo entero y vivía mil años, y finalmente tenía que sufrir la ira de Dios, ¿qué hubiera ganado?

Después, las pobres ovejas descarriadas que anduvieron errabundas como ovejas sin pastor propio, después de muchos crueles edictos, garrote y matanzas se congregaron en un sitio cerca del lugar de mi residencia llamado Oude Klooster⁹. Y, ay, mediante las impías doctrinas de Múnster y en oposición al Espíritu, a la Palabra y al ejemplo de Cristo, desenvainaron la espada para defenderse, la espada que el Señor le había mandado a Pedro que guardase en su vaina. Después de este acontecimiento, [el pensamiento de] la sangre de esta gente, aunque extraviada, me tocó tan profundamente el corazón que no pude resistirlo, ni hallar descanso para mi alma. Reflexioné sobre mi vida sucia y carnal, y también sobre la hipócrita doctrina y la idolatría que todavía practicaba yo diariamente con apariencia de piedad pero sin gozo. Veía yo que esas fervientes criaturas, aunque erradas, gozosamente daban sus vidas y sus posiciones por su doctrina y su fe. Fui

yo quien a algunos de ellos les descubrió las abominaciones del sistema papal. Pero yo mismo continuaba mi cómoda vida y las abominaciones reconocidas¹⁰ simplemente para poder gozar de comodidad física y escapar de la cruz de Cristo.

Meditando estas cosas, mi conciencia me atormentaba tanto que ya no pude sufrirlo más. Me dije para mis adentros: "Yo, hombre miserable, ¿qué estoy haciendo? Si continúo por este camino y no vivo en forma agradable al Señor, conforme al conocimiento de la verdad que ya he obtenido; si no censuro al máximo conforme a mi poco talento la hipocresía, la impenitencia y la vida carnal, el bautismo erróneo, la Cena del Señor en esa falsa religión que enseñan los eruditos: si a través del temor corporal no pongo al descubierto los fundamentos de la verdad, ni uso todas mis capacidades para dirigir al errabundo rebaño (que de buen grado cumpliría su deber si lo conociera), a los verdaderos pastos de Cristo —oh, ¿cómo vertieron ellos su sangre, sangre derramada en medio de la transgresión— ¡levántate contra mí en el juicio del Todopoderoso y pronuncia sentencia contra mi pobre y miserable alma!"

Mi corazón temblaba dentro de mí. Rogué a Dios con suspiros y lágrimas que me diera a mí, triste pecador, el don de su gracia, que creara dentro de mí un corazón limpio, y que por gracia a través de la carmesí sangre de Cristo perdonara mis impuros caminos y mi frívola y cómoda vida, y me otorgara sabiduría, espíritu, valor y espíritu varonil, para así poder predicar con pureza su exaltado y adorable nombre y su santa Palabra dando a conocer su verdad para su gloria.

En el nombre del Señor comencé a predicar públicamente desde el púlpito la palabra de verdadero arrepentimiento, a señalar a la gente el camino angosto, y con el poder de las Escrituras a reprobar todo pecado y maldad, toda idolatría y falsa adoración, y a presentar el verdadero culto; y también el verdadero bautismo y Cena del Señor, conforme a la doctrina de Cristo. Todo esto lo hice hasta donde alcanzaba en ese entonces la gracia que yo había recibido de Dios¹¹.

También advertí fielmente a todos contra las abominaciones de Münster, condenando rey, poligamia, reino, espada, etc. Después de alrededor de unos nueve meses el Señor de gracia me concedió su paternal Espíritu, ayuda y apoyo. ¡Entonces, sin presión alguna, repentinamente renuncié a toda mi reputación mundana, mi nombre y mi fama, mis anticristianas abominaciones, mis misas y bautismo de infantes, y mi cómoda vida, y voluntariamente me sometí a las aflicciones y a la pobreza bajo la pesada cruz de Cristo¹². En mi debilidad era temeroso

de Dios y buscaba a los piadosos y aunque ellos eran pocos en número encontré algunos que eran fervientes y sostenían la verdad. Traté con los que estaban en el error, y mediante la ayuda y el poder de Dios con su Palabra, los rescaté de las trampas de la maldición y los gané para Cristo. A los empedernidos y rebeldes los dejé a cargo del Señor.

Como puedes ver, lector mío, de esta manera, el misericordioso Dios mediante su abundante gracia me tuvo en cuenta a mí, pobre pecador, movió dentro de mi corazón el principio [de la fe], creó en mí una nueva mentalidad, me humilló en su temor, me enseñó a conocerme a mí mismo en parte, me apartó del camino de muerte y por gracia me llamó al camino angosto de la vida y de la comunión con sus santos. Sea Él alabado por siempre jamás. Amén.

Alrededor de un año después de esto sucedió que mientras yo me estaba ejercitando secretamente en la Palabra de Dios, leyendo y escribiendo, vinieron a mi seis, siete u ocho personas. Eran de un corazón y un alma conmigo, personas irreprochables en cuanto a doctrina y vida hasta donde el hombre puede juzgar, separados del mundo conforme al testimonio de la Escritura y bajo la cruz, hombres que no sólo aborrecían la secta de Múnster, sino que maldecían las abominaciones de todas las otras sectas mundanas. En nombre de aquellas almas piadosas que eran de la misma mente y espíritu, tanto entre ellas como conmigo mismo, fervientemente me rogaron que hiciera mía la preocupación por los grandes sufrimientos y necesidades de aquellas pobres almas oprimidas, dado que el hambre era mucha y los mayordomos fieles sumamente pocos. Me urgieron para que hiciera buen uso de los talentos que yo, aun indignamente, había recibido del Señor.

Al oír esto mi corazón se turbó mucho. La turbación y el temor me rodeaban. Por un lado, yo estaba consciente de mis limitados talentos, de mi falta de erudición, de mi débil naturaleza, de la timidez de mi espíritu, y de la excesiva maldad, perversión y tiranía del mundo; de las grandes y poderosas sectas; de la astucia de muchas mentes y de la dolorosamente pesada cruz que pesaría no poco sobre mí si yo obedecía. Por otro lado veía yo la lastimosa hambre y necesidad de estas criaturas rectas, temerosas de Dios, porque claramente veía que estaban extraviadas como ovejas que no tienen pastor.

Finalmente, después de mucha oración, ante el Señor y su Iglesia establecí estas condiciones: que deberíamos orar seriamente al Señor por un tiempo. Entonces, si era agradable a su santa voluntad que yo pudiera o debiera trabajar para su alabanza, Él me daría tal mente y

corazón que me hiciera decir como Pablo: "¡Ay de mí, si no predico el Evangelio!" Y si no, que Él emplearía algún medio para que de todo esto no resultara nada. Porque Cristo dice que si dos o tres se ponen de acuerdo en la tierra respecto a algo que desean pedir, les será hecho "por mi Padre que está en los cielos; porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos".

De este modo, lector mío, yo no fui llamado por los münsteritas ni por ninguna otra secta sediciosa como falsamente se dice de mí, sino que he sido llamado, pese a mi indignidad, a este oficio¹³ por gente que se había sujetado a Cristo y a su Palabra, había llevado una vida penitente en el temor de Dios, había servido a su prójimo en amor, llevado la cruz buscando el bienestar y la prosperidad de todos los hombres, amado la justicia y la verdad, aborrecido la injusticia y la maldad. Estas cosas señalan claramente —¿no es cierto?— que esa gente no era una pervertida secta como se quiere hacerlos aparecer, sino verdaderos cristianos, aunque desconocidos para el mundo, si por lo menos creemos que la Palabra de Cristo es verdadera y su intachable y santa vida y ejemplo son infalibles y rectos.

Y así, yo, un miserable pecador, fui iluminado por el Señor, fui convertido en una nueva mente, me fui de Babel, entré en Jerusalén y, finalmente, aunque indigno, fui llamado a su alto y riguroso servicio.

Cuando las personas antes mencionadas no desistieron de sus súplicas y mi propia conciencia se sintió algo incómoda pese a mi debilidad, porque yo veía la gran hambre y necesidad presentada, entonces rendí alma y cuerpo al Señor, y me entregué a su gracia y a su debido tiempo comencé, conforme al contenido de su santa Palabra a enseñar y bautizar, a cultivar la viña del Señor con mi poco talento, a edificar su santa ciudad y templo y a reparar los muros derruidos. El grande y poderoso Dios ha hecho conocer la palabra de verdadero arrepentimiento, la palabra de su gracia y poder, el salutífero uso de sus santos sacramentos mediante nuestros humildes servicios, doctrina y sencillos escritos, junto con el diligente servicio, trabajo y ayuda de nuestros fieles hermanos en muchas ciudades y países. Ha sido dado a conocer [todo este mensaje] a tal extremo, que Él ha hecho tan glorioso el aspecto de sus iglesias y les ha otorgado tan invencible poder que muchos orgullosos y altivos corazones no sólo se han vuelto humildes; los impuros, castos; los borrachos, sobrios; los avaros, generosos; los crueles, benévolos; los impíos, piadosos, sino que, además, ellos finalmente han dejado posesiones y sangre, alma

y vida por el bendito testimonio que dieron, como hasta hoy todavía puede ser visto. Estos no son los frutos y las evidencias de una falsa doctrina en la cual Dios no obra. Ni tampoco hubiera podido esta gente sufrir tan horrible aflicción y cruz si no fuera que el poder y la palabra del Todopoderoso los hubiera movido.

Y es más: el Señor les concedió tal gracia y sabiduría para soportar sus pruebas, como Cristo lo había prometido a los suyos que todos los maestros mundanos y famosos, junto con los sanguinarios y atrevidos tiranos que, en Dios, se jactaban de ser cristianos, han sido derrotados y avergonzados por estos invencibles caballeros y piadosos testigos de Cristo. Esos tiranos no conocen otra arma o recurso que la proscripción, el arresto, las torturas, el fuego, el asesinato y la matanza, como ha sido la costumbre de la serpiente antigua desde el principio, como todavía, ay, puede ser presenciado diariamente en algunos lugares de nuestros Países Bajos.

Ahora éste es nuestro llamado, ésa es nuestra doctrina y el fruto de nuestras labores, a causa de los cuales somos tan horriblemente calumniados y tan odiosamente perseguidos. Si todos los profetas, apóstoles y fieles siervos de Dios han padecido o no han padecido tales sufrimientos a causa de su fidelidad, es algo que dejamos sea juzgado por toda la gente recta.

Pero en cuanto a mi vida, pobre, débil e imperfecta, abiertamente confieso que soy un pobre y miserable pecador, concebido en el pecado, de simiente pecaminosa y pecaminosamente criado. Y como David puedo decir que mis pecados están siempre delante de mí. Mis pensamientos, palabras y acciones me condenan. Con el santo Pablo observo que en mí, a saber en mi carne, no mora el bien (Ro 7: 18). Sin embargo, puedo jactarme de esto en mi debilidad, que si este mundo malvado y violento pudiera solamente oír nuestra doctrina con paciencia (no la nuestra sino la de Cristo), y en verdadero temor de Dios obedecería sumisamente, entonces éste sería indudablemente un mundo mucho más cristiano de lo que es ahora.

Agradezco a Dios que me ha hecho, con el santo Pablo, odiar al mal y seguir al bien. Y desearía, si ello fuera posible, ganar con mi propia sangre a este malvado mundo de su impía y perversa naturaleza y ganarlo para Cristo, temer al Señor con todo el corazón, amarlo, buscarlo y servirlo, hacer el bien delante de Él, y ser un cristiano justo y sin mancha. Esto es, por su gracia, mi único deseo.

Mediante la misericordia y la ayuda del Señor tengo la esperanza

de que nadie en la tierra pueda acusarme con verdad de llevar una vida de avaricia y lujo. Dinero o riqueza no tengo, ni tampoco las deseo, aunque algunos debido a su perverso corazón, dicen que yo como más asado que ellos hervido y que bebo más vino que ellos cerveza. También mi Señor y Maestro, Jesucristo, fue llamado bebedor de vino y glotón por los perversos. Confío que mediante la gracia del Señor yo sea inocente de estas cosas y pueda ser absuelto ante Dios.

Aqué que me compró con la sangre de su amor y me llamó, de quien soy indigno de servirlo, me conoce. Y Él sabe que no busco riquezas, ni posesiones, ni lujos, ni comodidad, sino solamente el loor del Señor, mi salvación y la salvación de muchas almas. A causa de esto yo, con mi pobre y débil esposa e hijos, hemos sufrido por dieciocho años ¹⁴ ansiedad, opresión, aflicción, miseria y persecución. Con peligro de mi vida he sido obligado a arrastrar en todas partes una existencia de temor. Sí, cuando los predicadores reposan en cómodas camas y sobre mullidas almohadas, nosotros generalmente tenemos que escondernos en lugares apartados. Cuando ellos en bodas y banquetes bautismales andan de parranda con gaitas, trompetas y laúdes, nosotros tenemos que estar en guardia cada vez que ladra un perro temiendo que pueda haber llegado el funcionario que viene a arrestarnos. Cuando ellos son saludados por todos como doctores, señores y maestros, nosotros tenemos que oír que los anabaptistas somos predicadores ilegítimos ¹⁵, engañadores y herejes, y somos saludados en el nombre del diablo. Resumiendo: mientras ellos son gloriosamente recompensados por sus servicios con cuantiosos ingresos y buena vida, nuestra recompensa y porción tiene que ser fuego, espada y muerte.

He ahí, mis fieles lectores, en qué temor, pobreza, miseria y peligro de muerte he ya, hombre maltrecho, cumplido hasta ahora, sin alteración el servicio del Señor. Y mediante su gracia espero cumplirlo para su gloria mientras permanezca en este tabernáculo. Lo que yo y mis fieles colegas hemos buscado o podido buscar al cumplir éstas, nuestras rigurosas y arriesgadas tareas, es evidente a todas las personas bien dispuestas que rápidamente pueden juzgar por las obras y por la recompensa de las mismas.

Con esto humildemente ruego al lector, por la causa de Cristo, que con amor acepte ésta, mi forzada confesión respecto a mi iluminación, conversión y llamado, y que lo reciba con buen espíritu. Lo he hecho a consecuencia de gran necesidad para que los piadosos lec-

tores puedan conocer cómo fue, ya que soy calumniado por los predicadores y acusado sin fundamento de verdad de ser llamado y ordenado para este servicio por una secta sediciosa y herética. Aquél que teme a Dios que lea y que juzgue¹⁶.

B. ALGUNAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE DISCIPLINA ECLESIASTICA¹⁷

Pregunta 1: La separación, ¿es ordenada o es aconsejada por Dios?

Respuesta: Pese cada uno las palabras de Cristo y de Pablo a que nos hemos referido antes y descubrirá si se trata de un mandamiento divino o de un consejo¹⁸. Todo lo que Pablo dice respecto a la separación, generalmente lo expresa en modo imperativo, es decir: en forma de orden. Tenemos que purificar, expulsar, apartarnos y huir. Además tenemos este mandamiento: "Yo os ordeno, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo"¹⁹.

Pregunta 2: ¿Y si alguien no observara esta separación y a pesar de ello fuese justo en otros aspectos, debería ser por ello excolmugado?

Respuesta: Todo el que es recto mostrará su rectitud en obediencia y no desatenderá a sabiendas o voluntariamente la Palabra, mandamiento, voluntad, consejo, admonición o doctrina de Dios. Porque si alguien voluntariamente tiene compañerismo con aquellos cuya compañía está prohibida por la Escritura, entonces tenemos que llegar a la conclusión de que desprecia la Palabra de Dios y que se halla en abierta desobediencia y rebelión (hablo de aquellos que saben y reconocen pero que no hacen). Porque la rebelión, como el pecado de brujería y contumacia es una iniquidad y una idolatría. Las Escrituras amonestan y ordenan que no debemos asociarnos con los tales, ni comer con ellos, ni saludarlos, ni recibirlos en nuestras casas, etc. Y si aun así alguien dijera me asociaré con ellos, los saludaré en el Señor y los recibiré en mi casa, éste probaría claramente que no teme ni la admonición ni el mandamiento del Señor sino que los desprecia. Mostrará que él rechaza al Espíritu Santo y que confía, honra y sigue su propia opinión antes que la Palabra de Dios. Juzgad ahora vosotros mismos qué clase de pecado es no querer escuchar y obedecer la Palabra de Dios. Pablo dice: "Os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro

Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros". Y también: "Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence". Por cuanto la separación fue tan estrictamente ordenada y puesta en práctica por los apóstoles y esto mantiene la palabra del Señor (Mt 18: 17); por lo tanto también nosotros tenemos que usarla y obedecerla, dado que somos enseñados e iluminados por Dios. De lo contrario, deberíamos ser separados por la Iglesia de Dios a causa de nuestra desobediencia. Esto tiene que ser reconocido.

Pregunta 3: ¿Deberían el esposo y la esposa apartarse el uno del otro a causa de la excomunión, y también hacer lo mismo padres e hijos²⁰?

Respuesta: En primer lugar, la regla de la separación es una regla general, y no exceptúa a nadie, ni a esposo ni esposa, ni a padre ni a hijo. La palabra de Dios juzga a toda carne con el mismo juicio y no hace acepción de personas. La regla de la separación es general, no exceptúa a nadie y no hace acepción de personas. Por lo tanto es razonable escuchar y obedecer a la Palabra de Dios en este asunto, no importa si se trata de esposo o de esposa, de padres o de hijos.

En segundo lugar, decimos que la separación tiene que ser hecha por la Iglesia. Por lo tanto, el esposo tiene que consentir con la Iglesia en la separación de su esposa, y la esposa en la de su esposo. Si el consorte piadoso tiene que dar su consentimiento, es entonces propio que él también se aparte de su esposa junto con la Iglesia. Porque, ¿qué utilidad hay en la excomunión cuando el apartarse y el evitar no están conectados con ella?

En tercer lugar, decimos que la separación ha sido instituida para que la vergüenza nos estimule hacia una mejor vida. No entendáis esta vergüenza como la vergüenza del mundo, sino entendedla como un asunto de conciencia. Por lo tanto, sea hecho esto con toda pureza, moderación y amor. Entonces, si mi esposo o esposa, padre o hijo ha sido juzgado en la Iglesia, en el nombre de Cristo y por el poder de Cristo, esto hace que yo (en vista de que la separación evangélica es para mejorar la vida) conforme al consejo del Espíritu Santo, busque la reforma de mi propio cuerpo, es decir de mi esposa y también de mis más cercanos familiares, padres o hijos. El amor espiritual tiene que ser preferido a cualquier otra cosa. Además, cuidaría de ellos y les proveería de las necesidades temporales de la vida hasta donde alcanzara mi capacidad.

En cuarto lugar, decimos que la separación fue establecida para que no seamos leudados con la falsa doctrina o con la impureza de vida del apóstata. Es claro que nadie puede corrompemos o leudarnos más fácilmente que nuestros propios consortes, padres, etc. Por lo tanto, el Espíritu Santo nos aconseja evitarlos para que no leuden nuestra fe y nos deshonren ante Dios. Si amamos a esposo o esposa, padres o hijos más que a Jesucristo, no podemos ser discípulos de Cristo.

Algunos objetan esto diciendo que no hay divorcio excepto por causa de adulterio. Esto es precisamente lo que decimos nosotros. Por consiguiente, no hablemos de divorcio sino de separación, y ello por las razones antes mencionadas. Pablo consintió la separación (aunque no siempre relacionada con el adulterio) pero no consintió en el divorcio. Porque el divorcio no está permitido por las Escrituras excepto por causa de adulterio. Por lo tanto, en manera alguna debemos consentir en ello por otras razones.

Por consiguiente, nuestra posición es ésta: el esposo debería apartarse de su esposa y la esposa de su esposo, los padres de sus hijos y los hijos de sus padres cuando ellos se vuelven apóstatas. Porque la regla de la excomunión es general. Tenemos que consentir con la Iglesia en su sentencia, tenemos que buscar la vergüenza escritural para el mejoramiento de la vida y tenemos que cuidar que ellos no sean corrompidos como ya hemos dicho antes.

Amados en el Señor: sinceramente os ruego aquí que hagáis diferencia entre mandamiento y mandamiento, y que no consideréis todos los mandamientos como de igual importancia. Porque el adulterio, la idolatría, el derramamiento de sangre y otras vergonzosas y abominables obras de la carne serán castigadas más severamente que el no entender la excomunión y en especial cuando esto no es hecho voluntariamente o con malas intenciones. Por lo tanto, cuidaos de que en este asunto del matrimonio no llevéis las cosas más allá de lo que es enseñado por Dios y de lo que el apóstata y su conciencia puedan soportar y para "no cocer al cabrito antes de ser destetado de su madre"²¹.

Por otra parte, las Escrituras enseñan que debemos sobrellevar a los débiles. Hermanos, éste es un asunto cargado con gran peligro. Conozco demasiado bien lo que en mi propio tiempo resultó de los extremos a que algunos han ido. Por lo tanto, os aconsejo que apuntéis a terreno cierto y seguro. Y entonces aquellas conciencias que a través de las Escrituras y del Espíritu Santo son libertadas y desatadas, libre y voluntariamente, sin presión de nadie, por la un-

ción del Espíritu Santo y no por la presión de los hombres, harán lo que el Espíritu Santo aconseje, enseñe y ordene en las Santas Escrituras en el caso de que el consorte sea excomulgado. Porque yo sé ciertamente que todo el que obedece al Espíritu Santo con corazón fiel nunca será avergonzado.

Pregunta 4: ¿Debemos saludar con el común saludo secular a alguien que ha sido excluido o mostrar respeto por su saludo, dado que Juan dice: "Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le digáis '¡Bienvenido!', porque el que dice '¡Bienvenido!', participa en sus malas obras (2 Jn 10: 11)?"

Respuesta: Los buenos modales, la cortesía, el respeto y la amistad hacia todas las personas es algo propio del cristiano. Si, por lo tanto, un apóstata me saludara con el saludo común de "Buenos días" o "Buenas noches" y yo me quedara en silencio; si él fuera respetuoso conmigo, y yo, en cambio, le diera la espalda y me comportara adusta e inamistosamente para con él, bien podría yo entonces avergonzarme de mí mismo, como dice Sirac. Porque ¿cómo puede tal persona ser convicta, conducida al arrepentimiento e inspirada para hacer el bien mediante mi actitud adusta? La separación no es dada para destruir sino para edificar.

Si se dijera que Juan ha prohibido tal saludo, yo mismo diría ante mi Dios que no puedo entender que Juan haya dicho eso con respecto al saludo cotidiano. Lo que él quiere decir es que si algún engañador que ha dejado la doctrina de Dios viniera a nosotros, que no lo recibamos en nuestro hogar para que no nos engañe, y que no deberíamos saludarlo para no tener comunión con él. Pero no es así con el saludo secular. Porque si el saludo secular tiene en sí mismo tal poder que induce a participar en los vanos caminos de aquellos a quienes yo saludo, entonces de esto se sigue que yo tendría comunión con el adulterio, la fornicación, la embriaguez, la avaricia, la idolatría y el homicidio del mundo cada vez que yo saludo a un hombre mundano con el saludo común, o devuelvo su cortesía. ¡Oh, no! El saludo u ósculo de paz, significa la comunión. Pero si alguien tuviera escrúpulos de conciencia en este asunto, si sintiera que no debe hacerlo, con el tal no disputéis. Porque no vale la pena discutir acerca de eso, más bien me gustaría ver eliminados todos los escrúpulos respecto a ese asunto y tener en cambio cristiana discreción, amor, cortesía y respeto, buscando la edificación y no la rudeza, acritud, malos modales, desconsideración y falta de respeto para destrucción del

prójimo. Hermanos, cuidaos de la discordia. El Señor concede a cada persona temerosa de Dios un edificante entendimiento de su santa Palabra. Amén.

Pregunta 5: ¿Se nos permite ofrecer a las personas excluidas servicios necesarios, amor y misericordia?

Respuesta: Cada uno debería considerar primero el exacto significado de la palabra *commertium*²². Segundo, deberíamos considerar por qué razón y para qué propósito fue ordenada la separación por el Espíritu Santo en las Escrituras. Tercero, de qué es nacido un verdadero cristiano y cuál es su sentir. Cuarto, cómo obra el Padre misericordioso hacia aquellos que ya son merecedores de su juicio e ira.

Todos aquellos que pueden observar correctamente estas cosas ciertamente no negarán al excluido el servicio necesario, el amor y la misericordia. Porque la palabra *commertium* no prohíbe esto, sino que prohíbe la diaria intimidad, conversación, sociedad y negocios como ha sido explicado cristianamente²³. La excomunión es también una obra de amor divino y no de perversa, inmisericorde y pagana crueldad. Un verdadero cristiano servirá, amará, ayudará y se apiadará de todos, aun de sus más amargos enemigos. Él odia sinceramente la rudeza, la crueldad y la falta de misericordia. Tiene una naturaleza como la de su Padre de quien él nacido. Porque Él hace que su sol salga sobre malos y buenos y su lluvia caiga sobre justos e injustos. Por lo tanto, si yo soy de diferente naturaleza, muestro que no soy su hijo.

Por lo tanto, digo con nuestro fiel hermano, Dirck Philips²⁴, que no usamos la separación para destruir a la humanidad como hicieron los fariseos con el sábado de ellos, sino para su mejoramiento. Deseamos servir a los cuerpos de los caídos con amor, razonablemente y con humildad, mediante nuestros bienes terrenales cuando sea necesario, y a sus almas con los bienes espirituales de la santa Palabra. Más bien, como el buen samaritano, mostraremos misericordia hacia el herido y no pasaremos de lado como el sacerdote y el levita. Santiago dice: "Porque juicio sin misericordia se hará con aquél que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio". Sed, pues, vosotros misericordiosos como vuestro Padre es también misericordioso. Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Resumiendo: Si entendemos el verdadero significado de la palabra *commertium*, si entendemos por qué razón y propósito la separación ha sido instituida y cómo tiene que sentir el verdadero cristiano

y nos adecuamos al modelo de Cristo y de Dios, entonces el asunto será claro. Y si no tenemos esta gracia, entonces erraremos vergonzosamente en esto de la separación y seremos cristianos crueles e inmisericordes, de cuyo error y abominación nos salve eternamente el Padre de gracia a todos sus amados hijos.

Hermanos, digo la verdad y no miento cuando afirmo que yo odio esta crueldad. Ni desearía ser considerado como hermano de tan inmisericordes y crueles hermanos, si los hubiera, a menos que ellos desistieran de tal abominación y sencillamente siguieran en amor y misericordia el ejemplo de Dios y de Cristo. Mi corazón no puede consentir en tan inmisericorde acción que excede la crueldad de los paganos y de los turcos. Por la gracia de Dios lucharé contra ella hasta la muerte con la espada del Espíritu. Porque es contrario a la doctrina del Nuevo Testamento y contrario al Espíritu, a la mente y a la naturaleza de Dios y de Cristo, conforme a las cuales todas las escrituras del Nuevo Testamento deberían ser juzgadas y entendidas. Todos aquellos que no lo entienden así ya están en grave error.

Pero en caso de que mi necesario servicio, amor y misericordia se volvieran un *commertium*, o que mi alma fuese por ello conducida a la perdición, entonces confesamos —alabado sea el Señor— que eso está prohibido en las Escrituras. En tal caso es mejor suspender nuestro necesario servicio, amor y misericordia que poner trampa a nuestras almas para que sean conducidas al error. La unción del Espíritu Santo nos enseñará qué será mejor hacer en ese caso.

Pregunta 6: ¿Se nos permite vender a los apóstatas o comprar de ellos, dado que Pablo nos dice que no tengamos compañerismo con ellos; aunque los discípulos compraron víveres en Sicar y los judíos comerciaban con los gentiles?

Respuesta: Que los apóstoles compraran víveres en Sicar no prueba absolutamente nada, porque muchos de los samaritanos eran remanente de las diez tribus, como ya hemos mostrado antes suficientemente, basándonos en las Santas Escrituras. No negamos que los judíos hayan comerciado con los gentiles, pero evitaron el *commertium* con ellos. Es decir no tuvieron con ellos diaria asociación, ni compañía, ni conversación, ni tampoco los acompañaron comiendo y bebiendo, como los evangelios muestran claramente en muchos pasajes.

Cristo nos señala la excomunión judía, es decir, que como ellos se apartaban de los gentiles así también nosotros debemos apartarnos del cristiano apóstata. Y dado que los judíos ciertamente comer-

ciaban con ellos, aunque ellos evitaban el *commertium* con los mismos, afirmamos que no podemos sostener ni por el ejemplo judío al cual Cristo señala, ni por ninguna escritura explícita, que sea prohibido en manera alguna comerciar con el apóstata. Pero esto no se aplica si de las relaciones comerciales resulta *commertium*, porque ello está estrictamente prohibido por las Escrituras. Por consiguiente, está claro que un cristiano recto y temeroso de Dios, no tendrá como socio y comprador habitual a un apóstata. Dado que diariamente tengo que conseguir ropa, pan, cereales, sal, etc. y cambiarlos por mis cereales, manteca, etc., difícilmente puede resultar otra cosa que *commertium*. Pero cuando el negocio es manejado sin tal *commertium*, entonces se trata de algo distinto.

No se puede demostrar pues que tal negocio, llevado sin *commertium*, esté prohibido por las Escrituras, como ya se dijo. Pero aun así rogaremos a todos los hermanos y hermanas en el Señor temerosos de Dios que actúen en este asunto, así como en otros, como razonables, despiertos, discretos, sabios y prudentes cristianos, y no como vanos, temerarios, testarudos, orgullosos y fanfarrones. Porque un verdadero cristiano debe esforzarse por aquello que es lo mejor y lo más seguro. Debe seguir el amor puro y sincero para no abusar de la libertad que parece tener para el daño y el estorbo de su propia alma y para la aflicción y la destrucción de sus amados hermanos, para la orgullosa jactancia de los perversos y para deshonor de la santa Palabra de Dios y de la afligida Iglesia de Cristo. Igualmente, ruego y deseo que nadie sea ofendido en lo más mínimo por su hermano y yerre y lo juzgue con juicio no basado en las Escrituras, dado que en este caso él no tiene ejemplo reprobatorio entre los judíos ni palabra que lo prohíba en las Escrituras.

¡Oh, mis amados hermanos! Roguemos sinceramente por entendimiento y sabiduría para que toda incomprensión, error, sospecha, ofensa, división e informes prematuros puedan ser completamente eliminados y un sano entendimiento, doctrina, amistad, amor, edificación y sano juicio pueda ser restaurado y hecho prevalecer. Mire cada uno con ojos puros y corazón imparcial los ejemplos que Cristo señala y la sana y natural intención de los apóstoles, y que prevalezca siempre el verdadero amor cristiano. Entonces cada uno conocerá por la gracia de Dios cómo debe actuar en este asunto.

Pregunta 7: ¿Se nos permite sentarnos junto con un apóstata en un buque o en un coche, o comer con él a la mesa en una posada?

Respuesta: La primera parte de la pregunta, es decir sentarse con un apóstata en un buque o en un coche cuando el capitán o el conductor no son apóstatas, la consideramos infantil e inútil dado que esto sucede muy a menudo sin *commertium*, y tiene que suceder. En cuanto a la segunda parte, o sea comer a la mesa con un apóstata mientras se viaja, rogamos, amonestamos y aconsejamos a todo cristiano sincero que, así como él ama a Cristo y a su Palabra, también tema a Dios sinceramente y siga el camino más claro en este asunto. Es decir no comer con el apóstata porque esto es lo más seguro. Sin embargo, si un cristiano temeroso de Dios tiene que comer con tal persona, entonces todos estén alerta para no pecar contra su hermano mediante un juicio no basado en la Escritura. Porque nadie puede juzgar, a menos que tenga de su parte a la Palabra.

Todo aquél que teme a Dios, todo aquél que desea seguir su santa Palabra con toda su fuerza, amando a su hermano y tratando de evitar toda ofensa, y deseando andar en la casa de Dios en paz y en unidad, este tal actuará correctamente en todo y no ofenderá ni afligirá a sus hermanos.

Pregunta 8: De acuerdo con las Escrituras, ¿quién debería ser excludido o excomulgado?

Respuesta: Cristo dice en Mateo 18: 15-17: "Por lo tanto, si tu hermano peca contra ti, etc.", y no te oye a ti ni a los testigos, ni a la Iglesia, tenlo por pagano y pecador público. Pablo dice, por su parte, que si alguien que es llamado hermano y es fornicario, o avaro o idólatra o murmurador, borracho o extorsionador, que con el tal no hay que comer. A esta clase corresponden también los perjuros, los ladrones, los violentos, los rencorosos, los pendencieros y todos aquellos que andan abierta y patentemente en las obras condenables de la carne, de las cuales Pablo enumera muchísimas. Romanos 1: 29; Gálatas 5: 19; 1 Corintios 6: 9; Efesios 5: 5. También todos los desordenados que no trabajan en nada y son entrometidos, en los cuales no vive la doctrina de Cristo y de sus apóstoles y no andan en ella sino que son desobedientes. También los dirigentes de sectas. También aquellos que ofenden, que causan disputas y desacuerdos respecto a la doctrina de Cristo y de sus apóstoles.

En resumen, todos aquellos que llevan una vergonzosa vida carnal y los que han sido corrompidos por doctrinas impuras y heréticas (Tito 3: 10) y que no serán vencidos por el vino y el aceite del Espíritu Santo sino que, después de haber sido amonestados y buscados con amor y consideración, permanecen obstinadamente en sus corrompidas actitudes y opiniones. Por último, deberían en nombre de nuestro Señor Jesu-

cristo, por el poder del Espíritu Santo (es decir por el mandato y la autoridad de la Palabra de Dios) ser con pesar —pero unánimemente— separados de la Iglesia de Cristo y, en total obediencia divina, excomulgados de inmediato conforme a las Escrituras, hasta que se arrepientan.

Conclusión

Amados hermanos y hermanas en el Señor, así como ya lo hemos establecido al principio de esta admonición ²⁵, todos vosotros sois conscientes de que durante años ha habido demasiadas divisiones y disputas respecto a la separación y que a causa de ello el amor cristiano ha sufrido mucho y todavía sufre. Veo que eso es esgrimido sin base escritural, sin razón ni discreción y contrariamente a la naturaleza de Cristo Jesús y de su santo Evangelio, tanto por excesivo rigor como por excesiva indulgencia, resultando en trampa para muchas conciencias. Cada uno afirma y sigue su propio punto de vista como si fuera el mejor. Por lo tanto, me he esforzado mucho para aconsejar a mis queridos hermanos y hermanas en el Señor, que ardientemente buscan la paz y la unidad en amor, quienes no desean ser ni más ni menos estrictos que las Escrituras. Y escribo esta exposición acerca de la excomunión o separación, compilada con extremo cuidado de las santas Escrituras para provocar la paz de todos los sinceros hijos de Dios. Espero delante de Dios satisfacer a toda humilde y pacífica conciencia. Porque he aquí que no busco nada ante Dios mediante Cristo Jesús sino que estas agitaciones antibíblicas y estas lamentables contiendas respecto a la separación —tanto por rigurosidad como por indulgencia— sean finalizadas y que la noble y gloriosa paz y unidad de Cristo Jesús puedan permanecer inquebrantables y sin daño.

He escrito esto por puro amor, buscando la paz, conforme a las instrucciones de la santa Palabra, ante mi Dios que me juzgará en el Día Final. Yo sé, sin embargo, que no recibiré agradecimiento por parte de muchos, porque para algunos lo que he escrito será demasiado riguroso y para otros demasiado indulgente. Tengo que sufrir esto como lo he hecho en estos quince años ²⁶. Pero aun así os rogaré por los méritos de la preciosa sangre de mi Señor Jesucristo, que si alguien encuentra falta en éste mi tratado, ya fuere por rigurosidad o por indulgencia, no lo juzgue sino con la autoridad de la Palabra, Espíritu y vida del Señor, ni que tampoco lo haga con imprudente terquedad y ligereza, para no hacer disparates. Todo lo que alguien pueda anticipar y demostrar lo escucharé y obedeceré con gusto.

Pero no me atrevo ni a ir más alto ni más bajo, ni a ser más riguroso ni más tolerante que aquello que el Espíritu Santo me enseñe. Y esto debido al gran temor y ansiedad de mi conciencia para no cargar a los corazones de los temerosos de Dios —que han renunciado a los mandamientos de hombres— con más mandamientos de esta clase. La terquedad y las opiniones humanas las odio abiertamente y no las deseo. Conozco la tribulación y la aflicción que eso me ha causado por muchos años.

Amados hermanos y hermanas en Cristo Jesús, entended correctamente mis escritos. Seguid fielmente mi consejo, explicación, entendimiento y admonición e indudablemente hallaréis gran felicidad y gozo (en esto de la separación) y tendréis paz con todos los hermanos. Pero todo el que rechace lo que he escrito, que recuerde que un día se encontrará con su Juez.

En resumen, ésta es mi fe sincera, mi posición y confesión de separación que nunca antes había escrito y publicado con tanta claridad y detalles. Pero ahora me urge la necesidad, y con esta fe, posición y confesión que he tenido desde el principio, deseo morir en Cristo Jesús y aparecer ante el trono de Dios. Estoy convencido que ésta es la más cierta exposición que respecto a la separación puede ser explicada y enseñada a las conciencias temerosas de Dios tomando como base las santas Escrituras. Por lo tanto, pido a todos mis hermanos y hermanas en el Señor me dejen en paz respecto a este asunto y no me inquieten más. Por la gracia de Dios nada será oído de mis labios sino aquello que mis escritos declaran e implican.

Busque cada uno el sentido completo de la Palabra de Cristo y de sus apóstoles en humilde espíritu de amor fraternal y cristiana paz. Así, indudablemente, se opondrá a toda disputa y discordia antibiblica, y sinceramente seguirá la verdadera unidad que agrada a Dios.

Que el todopoderoso y misericordioso Padre, mediante su bendito hijo Jesucristo, conceda a todos los hermanos y hermanas el celestial don del Espíritu Santo. Y que pueda haber así un fin de este triste disputar y la Iglesia pueda ser un cuerpo sano e íntegro con el vínculo sincero del amor cristiano, unificados en verdadera y permanente paz en Cristo Jesús. Amén.

Amados hermanos y hermanas en el Señor, os ruego por las sangrantes heridas de mi Señor Jesucristo que evitéis disputas y discordias. Recibid éste mi trabajo con afectuosos corazones, porque en verdadero amor cristiano lo he escrito para vuestro servicio como ante Dios en Cristo Jesús. A. D. 1550.

C. UNA PATÉTICA SUPLICA A TODOS LOS MAGISTRADOS (1552)²⁷

A todos los piadosos, benévolos y verdaderos magistrados, señores, príncipes y superiores: nosotros, ciertamente pobres, miserables y dispersos os deseamos continua prosperidad y feliz reinado, en toda piedad, de Dios nuestro Padre Celestial mediante Jesucristo nuestro Señor y Salvador. Amén.

Una patética súplica

Como es de general conocimiento, nobles, honorables y bondadosos señores, hay quienes son mucho más diligentes respecto a la Ley de Teodosio (aunque ésta fue dictada por el buen emperador bajo presión de los sanguinarios obispos de antaño), en cuanto al Mandato de Carlos V y a la Condenación Imperial decretados en nuestros tiempos respecto a los así llamados anabaptistas (son más diligentes, decimos) respecto a estas cosas que a la Palabra de Dios. Y no ven que estas cosas²⁸ no surgen de ningún bautismo sino de los malvados errores cometidos en práctica y en doctrina por gente bautizada. Porque si la antes mencionada Ley, Mandato y Condenación fueran destinados al bautismo más bien que a las malas obras cometidas en cada caso por los bautizados, entonces aun el mismo Cristo Jesús, todos los apóstoles, Cipriano Mártir, así como los obispos africanos, el Concilio de Nicea y también el apóstol Pablo, serían por ellos declarados malhechores públicos. Esto está más allá de toda controversia.

Firmente desaprobamos a los donatistas, a los circuncilliones²⁹ y a los münsteritas, así como a todos los errores, fechorías y abominaciones contemporáneas (contra los cuales en tiempos antiguos fue dictada la Ley de Teodosio y ahora el Mandato del Emperador y la Condenación Imperial, como ha sido dicho) y, por principio de nuestra enseñanza y doctrina los desaprobamos. Y nosotros, ante Dios y sus ángeles, no buscamos en este mundo otra cosa que obedecer a la clara e impresa palabra del Señor, a su Espíritu, su ejemplo, su mandamiento, a la prohibición práctica y a la ordenanza (por la cual todo en el Reino y en la Iglesia de Cristo tiene que ser regulado como a Él le agrada), conforme a nuestra debilidad en toda sujeción y obediencia. Nuestra lastimosa tribulación, opresión, miseria; angustia, confiscación y ejecución testifican esto por doquier. Por lo tanto, ante Dios y ante los hombres esto

es completamente anticristiano. Sí, es una clara violencia e injusticia que nosotros solamente por el asunto del bautismo (un bautismo que podemos defender poderosamente con la Palabra de Dios y con la doctrina y práctica apostólica contra toda sabiduría y filosofía humanas) seamos clasificados y castigados junto con los circuncilliones (quienes conforme al testimonio de la historia cometieron tan inauditas tiranías) y con los de Múnster que contrariamente a la Palabra de Dios y a toda evangélica Escritura, y también contrariamente a procedimientos correctos, establecieron un nuevo reino, incitaron al tumulto, introdujeron la poligamia, etc. A todas estas cosas nos oponemos vehementemente con la Palabra de Dios, las condenamos y censuramos. Esto es evidente y tangible por todos nuestros actos y actividad pública.

En primer lugar, por lo tanto humildemente, deseamos rogar a vuestras nobles altezas, honorables y sabios señores, por la causa de Cristo, que toméis cuidadosa nota con piedad y amor paternal de cuán dolorosamente vuestros infelices súbditos (que sin embargo fueron creados por el mismo Dios, fueron comprados con el mismo tesoro, y comparecerán finalmente ante el mismo juez) son calumniados por todos. Calumniados especialmente por los predicadores en todas partes y sin falta alguna de su parte. Son escarnecidos, violados y en algunos lugares eliminados sin piedad ni compasión como proceden los hombres con los malvados y perversos; son entregados a las aves del cielo; son (como también lo fue Cristo nuestro capitán) amarrados a ruedas y estacas, de tal modo que algunos de nosotros, y no pocos, tenemos que andar errabundos, desnudos y despojados en tierras extranjeras con nuestros débiles esposas e hijitos, privados de patria, de nuestra herencia y del fruto del esforzado trabajo. Y todo esto por una sola razón, el Señor lo sabe. Porque no nos asociamos con los predicadores que por su doctrina, sacramentos y conducta se oponen a la Palabra del Señor; porque nosotros practicamos correctamente el bautismo y la Cena del Señor, porque evitamos toda idolatría, justicia propia y abusos, tal como es requerido por las Escrituras, y porque deseamos, hasta donde lo permite nuestra debilidad, tener fervientemente al Señor y seguir la justicia,

Tened la bondad en piadoso temor de reflexionar sobre lo que Dios requiere de vuestras altezas. Y esto es que, sin discriminación alguna de personas, juzguéis entre uno y otro hombre, protejáis a los atropellados de quien comete el atropello, como el Señor lo dice; ejecutéis juicio y justicia; amparéis del violento a aquél que es despojado; no abuséis del extranjero, ni de la viuda ni del huérfano, no hagáis violencia a

nombre alguno, y no derramáis sangre inocente. En esta forma vuestros despreciados siervos y desdichados súbditos, habiendo escapado de la boca del león, podrán servir en vuestros dominios y bajo vuestro paternal cuidado y graciosa protección, servir al Señor en tranquilidad y paz, y piadosamente ganar su pan, como lo requiere la Escritura.

Después, requerimos que vuestras nobles altezas, a la luz de la Palabra de Dios que nunca extravía y del vivo ejemplo de Cristo y de la inocente piedad de todos los santos, examinen cómo es un verdadero cristiano. Porque si leer la liturgia, cantar, administrar el agua, el pan y el vino, tener nombre y fama son cosas que hacen al hombre verdadero cristiano, entonces ciertamente habría enormes cantidades de cristianos. ¡Pero no, queridos señores, no! La Palabra de Dios no reconoce otros cristianos sino aquellos a quienes se les ha predicado la pura doctrina de Cristo en el poder del espíritu y que la han aceptado en verdadera fe por la obra del Espíritu, y que por la vida simiente de Dios han nacido de nuevo en Cristo Jesús y que, por el poder de ese nacimiento, han sepultado en verdadera penitencia la pecaminosa vida antigua y se han levantado resucitando en Cristo. Ésta es gente que, pese a su debilidad, desea obedecer la santa voluntad del Señor, su Palabra, su ejemplo, sus ordenanzas y mandamientos, y de corazón desean morir a todo lo que sea contrario a esto. Valientemente luchan contra todo vano y erróneo pensamiento y todo ofensivo pecado que aún surgen de nuestra heredada naturaleza adámica y —con entristecidos y quebrantados corazones— lamentan diariamente ante Dios su humana debilidad, fracaso y transgresiones. Hay personas que están listas para tomar la cruz del Cristo y por el testimonio de su Santa Palabra a abandonar padre, madre, esposo, esposa, hijos, bienes y propiedades y aun la misma vida, si es que la honra de Dios lo requiere. En una palabra, tienen la mente de Cristo, están en Cristo y Cristo está en ellos; son guiados por su espíritu y con verdadera fe, firme confianza y viva esperanza en toda prueba y tribulación, permanecen incommovibles en la Palabra del Señor.

De manera que es plenamente manifiesto que nuestros fieles hermanos y hermanas en Cristo Jesús, aquellos queridos compañeros en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Cristo (Ap 1: 9), aman y temen al Señor su Dios. Y lo aman tan fervientemente que estarían dispuestos a entregar como presa a los sanguinarios su buen nombre y fama, dinero, propiedades, carne y sangre y todas las cosas que puedan apelar a la naturaleza humana. Harían todo esto antes que consciente y voluntariamente hablar falsedades o actuar hipócritamente contra la

Palabra de Dios. Deseamos, pues, sea aquilatado por vuestras altezas si tales personas son tan peligrosas y malvadas como, ay, escandalosamente muchos dicen que son. Sí, queridos señores, en la Palabra de Dios está todo el placer de ellos; sus bocas rebosan palabras de sabiduría; su amor tiene el aroma del precioso óleo de la cabeza de Aarón; sus oraciones son el noble incienso ante el arca de Dios; sus vidas resplandecen como candeleros de oro en la casa del Señor. Y ellos nada buscan en este mundo sino servir a todos en justicia y salvar a muchos de la eterna perdición de sus almas por la gracia de Dios y el poder del espíritu y la Palabra. Desean ganarlos para Cristo y así, por la graciosa ayuda y por el don de Dios en Cristo Jesús, mejorar el breve tiempo de esta habitación terrenal para la alabanza de su Dios y el servicio de su prójimo y ser salvos para toda la eternidad.

¡Y si esto es herejía y diabólica seducción como los predicadores afirman a voces, entonces el Hijo de Dios, Cristo Jesús, y todos los profetas, apóstoles y encumbrados testigos de Dios hubieran sido todos manifiestamente herejes! ¡Y en ese caso la Santa Escritura, que no enseña otra cosa que mejoramiento moral y siempre señala a Cristo, no tiene que haber sido engaño y falsedad! No puede negarse que ellos —en cuanto pueden— todo lo que hacen lo hacen en conformidad con la Palabra del Señor, su Espíritu, vida, mandamiento, prohibición y ordenanza. Así lo atestiguan sus actos manifiestos ante todo el mundo.

Nosotros y ellos, pues andamos en un espíritu y, ante Dios en Cristo Jesús no buscamos otra cosa que, en nuestra pobre fragilidad, ser cristianos, como ha sido ya dicho. De manera que entonces esperamos por la gracia del Señor que vuestras excelencias no descubran en toda la eternidad otra cosa en vuestros humildes siervos (nos referimos a aquellos que son lo mismo que nosotros en fe y conducta). Por esto rogamos a vuestras nobles excelencias nuevamente, por causa de Cristo, pongáis a un lado todo pensamiento hostil contra vuestros pobres huérfanos. Consideradnos con paternal y genuinamente benévolo corazón y nunca más imaginéis que tenemos otra intención, aunque fuésemos tan numerosos como las matas de hierba en los prados y los granos de arena en la costa del mar. Pero esto último nunca sucederá, dado que el camino es tan angosto y la puerta tan estrecha, tal como Cristo Jesús (cuyo nombre llevamos) nos enseñó con su propia boca, y sus santos apóstoles predicaron por todo el mundo, afirmando el santo Evangelio y declararon con su vida y muerte.

En tercer lugar, requerimos de vuestras nobles altezas que con cora-

zón sabio observen lo que, conforme a las Escrituras, sucede a quienes se jactan del conocimiento de Cristo, cuán mortalmente la filosa espada de la ira golpea en todas direcciones. Grande y severa es la venganza del Señor, el fuego de su ira está encendido. Y si el Señor en su gracia no lo apaga, tanto el árbol verde como el seco, como dice el profeta, serán consumidos. La profecía de Cristo respecto a los Últimos Días, así como las de Daniel y de los apóstoles, están en vigencia. La destructora espada del Señor resplandece por doquier y sus sangrientos dardos se abren paso en toda la tierra. Un reino desafía a otro reino, un dominio a otro dominio, una ciudad a otra ciudad; vecino contra vecino y amigo contra amigo. Algunos de vuestros súbditos son muertos a espada, otros son encarcelados, y hay ciudades y ciudadelas que son devastadas y destruidas. La pobre gente, en su mayor parte inocente en estos casos, se despojaba, sometida a abusos, obligada al pago de exacciones, quemada y completamente arruinada; muchísimos son obligados a llevar una vida vergonzosa y deshonesta; una grave epidemia o pestilencia sigue a otra; una hinchazón lleva a otra. Tanto en los mares como en tierra oímos acerca de tempestades, desgracias y daños. En una palabra, el persistente y duro castigo testimonia que el Señor está ofendido. Y aun así el malvado mundo no se enmienda sino que diariamente va de mal en peor.

Cada cual se jacta de ser cristiano y de tener la Palabra de Dios, aun cuando toda su ambición y conducta es contraria a Cristo y la palabra de Cristo. Si uno se dirige a los magistrados —quienes tendrían que conocer el camino del Señor y la ley de Dios— como lo hizo Jeremías, entonces uno descubre que ellos han quebrado el yugo y roto las coyundas. Si vamos a los predicadores, descubrimos en ellos una actitud de Caín, opuestos a todos lo que temen al Señor, una incurable obsesión por el dinero y una avaricia de Balaam, una doctrina frívola y liberal, sacramentos idolátricos, y una vida sensual, hueca y perezosa que cualquiera puede ver. Si nos volvemos a la gente común, allí vemos devoradora codicia, francachelas y embriagueces, mentiras y fraudes, maldiciones y juramentos, con algo de adulterio y fornicación, con saqueos y pillaje, robo y homicidios. Sí, los hombres se conducen en tal manera —¡ay!— que uno bien puede suspirar y lamentar con el piadoso Oseas, que ni fidelidad, ni amor a la Palabra de Dios, quedan ya en la tierra, sino que la blasfemia, la mentira, el hurto, el homicidio y el adulterio se han apoderado de todo, y la sangre toca a la sangre. Uno puede concordar con Pablo en que todos se han descarriado y vuelto vanos, que no han conocido camino de paz; y con el Apocalipsis en que

los pecados de ellos han llegado al cielo. Querido Señor, ¿cuánto más ha de durar todavía esta terrible y grande ceguera, blasfemia, error y abominación; esta vida voluntariamente desordenada?

Arrepentíos, nobles señores, y sed penitentes con penitencia aceptable a Dios. Humillaos con el rey de Nínive, despojaos de las malvadas y manchadas ropas del pecado; acudid a las cenizas de la humillación; clamad al Señor con espíritu quebrantado; rasgad vuestros corazones y no vuestras vestiduras, como dice el profeta. Dejad que el piadoso Ezequías sea vuestro ejemplo, pues él volvió a la ley del Señor con todo su corazón y alma, mente y fortaleza, tan pronto como le fue leída la Ley de Dios en el libro recuperado.

Queridos señores, buscad a Dios, temed a Dios, servid a Dios con toda vuestra fuerza. Haced justicia a las viudas, a los huérfanos, a los extranjeros, a los afligidos, a los oprimidos. Lavad de sangre vuestras manos. Gobernad vuestros territorios con sabiduría y paz. Apercibíos en pensamiento, palabra y obra según Cristo Jesús, seguid en sus pisadas. Entonces, aunque vuestros pecados fuesen rojos como la sangre, se harán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí se volverán como la lana. Porque el Señor no se complace en la muerte del pecador, sino en que se arrepienta y viva.

Los que se jactan de ser la Iglesia son tan por completo extraños a Cristo que lo único que tienen de él es el nombre. La sal (es decir, los predicadores) ha perdido tan completamente su sabor que deteriora más que preserva; pues ellos lisonjean más que reprueban; buscan la ganancia temporal más que la gloria de Dios. Por lo cual ellos todos, predicadores y congregación, andan por el ancho camino que lleva a la condenación. No hay nadie que los haga volver a su camino, como se queja el profeta. Pero nosotros deseamos, y Dios bien lo sabe, que todos los hombres experimenten sincero arrepentimiento y sean salvos para que así la ciudad caída, la cual es la Iglesia, pueda ser reedificada sobre su antiguo fundamento, es decir, sobre las firmes bases de los apóstoles y la inalterada doctrina de Cristo, y entonces dar así testimonio de una piadosa y arrepentida vida ante todo el mundo conforme a las Escrituras. A causa de todo esto nosotros somos tan odiados por los clérigos eruditos que debido a su escandalosa vociferación y agitación nos vemos forzados a dejar nuestras posesiones a los ladrones, nuestra carne al verdugo, y algunos de nosotros tenemos —a causa de la angustia, burlas y escándalo— que andar errabundos en tierras extranjeras como ya hemos dicho.

Y así, nosotros, afligidos y tristes, humildemente rogamos a vuestras excelencias por tercera vez, en nombre de Jesús, que reflexionéis cuidadosamente sobre este asunto. Y haced el favor, con cristiana fidelidad de compararnos a nosotros con los predicadores conforme al tenor del siguiente escrito dirigido a ellos con las condiciones allí estipuladas³⁰, para que así nuestra inocencia pueda al fin ser establecida con la Palabra de Dios, para que los inocentes no sean ya condenados, contrariamente a la Palabra de Dios, y los culpables no sigan siendo defendidos en su injusticia. Sí, bondadosos, señores, si esto finalmente llega a suceder, sin parcialidad y en el temor de Dios, entonces vosotros, por la gracia de Dios, pronto descubriréis sin error de qué lado está la verdad, y que la doctrina, los sacramentos y la conducta de los clérigos no están de acuerdo con las Escrituras, sino que son engañosas y contrarias a la Palabra de Dios.

¡Oh, queridos y nobles señores, por favor, no despreciéis nuestra cristiana y auténtica súplica, sino aceptadla con amor inmaculado! Porque ello concierne a la alabanza del todopoderoso Dios, a su eterna palabra y verdad y a la eterna salvación del alma de cada uno de nosotros, almas tan afanosamente buscadas y tan amorosamente compradas por su sangre carmesí. ¡Ay, es tan grande la diferencia entre vivir por siempre con Cristo Jesús en el trono de los cielos o perecer con los demonios en el infierno!

Bondadosos señores, estamos en profundo abatimiento y angustia, estamos sometidos a terror por dos lados. Porque si seguimos la verdad (como esperamos por la gracia y ayuda de Dios hacerlo cada día) entonces nos volvemos presa común. Y si cedemos y regresamos al camino ancho (del cual nos guarde siempre nuestro misericordioso Padre) entonces caemos en las manos de Dios y tendremos que sufrir su ira eternamente. La salvación de nuestra alma significa más que lo que el ojo humano puede ver. Alguna vez aquella graciosa y amante palabra será escuchada: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros". También la temible palabra con la cual todos los que desobedecen a Cristo son amenazados, la cual, cuando es verdaderamente creída, parte nuestro cuerpo y alma: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Dichoso el hombre a quien se le halle velando con su lámpara preparada y el vestido de bodas listo. ¡Sí, benditos los que son invitados a la Cena del Cordero!

Nobles señores, no estamos haciendo chistes. No estamos jugando con palabras. Lo que escribimos es lo que sentimos en lo profun-

do de nuestros corazones, tal como nuestras severas pruebas, pesadas cadenas, vida y riesgos de muerte, testifican y declaran.

¡Que el grande y misericordioso Señor Jesús —que es Señor de señores y Rey de reyes— conceda a vuestras nobles altezas y honorables excelencias conocer la verdad, fielmente andar en ella, piadosamente gobernar vuestras ciudades y provincias en dichosa paz, para la alabanza de vuestro Dios y la salvación de muchas almas! Esto deseamos con todo nuestro corazón. Amén.

“De cierto os digo que en cuanto lo habéis hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mt 25: 40).

Los fieles y obedientes súbditos de vuestras nobles altezas y honorables excelencias, lo cual somos por voluntad de Dios y mediante su gracia.

D. LA CRUZ DE LOS SANTOS, EXCUSAS DE LOS PERSEGUIDORES ³¹

Procederemos ahora a mostrar, en nombre del Señor y con pocas palabras, cuán débiles e inadecuadas son las excusas aducidas por aquellos que nos persiguen. Excusas que no pueden permanecer ante Dios más que la paja y el azufre pueden permanecer ante el fuego. Sin embargo, ellos piensan excusarse a sí mismos y mostrar que están haciendo lo recto al así molestar y dañar a los rectos. Porque todos los pecados son de tal carácter que ellos buscan su propia cobertura y excusa. No importa cuán vergonzosamente uno se conduzca, no desea ser considerado como inicuo, sino como justo, piadoso y genuinamente cristiano.

A: En primer lugar, aquellos que nos persiguen dicen que nosotros somos como los de Münster, y que no somos obedientes a los magistrados.

A/1: Ante todo respondemos diciendo que estamos de acuerdo en que los münsteritas eran sediciosos y que en muchas cosas obraron contrariamente a la Palabra de Dios. Pero negamos ser parte de ellos, pues odiamos y nos oponemos con toda nuestra alma a sus sediciosas abominaciones, tales como reyes, poder terrenal, espada, etc. Y también aborrecemos la poligamia, el tener tratos con el mundo y similares vergüenzas y abominaciones. No queremos comer, beber ni tener comunión alguna con ellos, conforme a la doctrina de Cristo y de Pablo, a menos que ellos renuncien a sus errores y se vuelvan sanos y sensibles en doctrina de salvación.

Los papistas y los luteranos no son iguales sino diferentes. Así también nosotros somos básicamente distintos —y más aún— de los münsteritas y de ciertas otras sectas que surgieron de ellos. Que esto es verdad lo hemos mostrado —en escritos por nuestra propia vida— y por testimonio oral ante señores, ante príncipes y ante todo el mundo. Ha sido demostrado, además, por la sangre de muchos piadosos cristianos que fluyó como agua en numerosos países, y por muchos años, hasta el presente.

Que el mundo no desee creer esto es algo que no podemos remediar. Pero testificaremos que nuestros corazones y conciencias están libres y puros ante Dios de toda sedición, odio, venganza y sed de sangre. Sernamente tratamos de vivir, cuanto sea posible, en paz con todos los hombres, conforme a la doctrina de Pablo. Y si no nos es posible mantener la paz con ellos, entonces tampoco deseamos vengarnos nosotros mismos sino que nos confiamos a Aquél que dice: "Mía es la venganza, yo pagaré"; y dejamos solamente a Él todas nuestras preocupaciones, así como lo han hecho Jeremías y todos los rectos desde el principio.

A/2: En segundo lugar, respondemos preguntando: ¿por qué tan indiscretamente nos acusan de sedición, pese a que ven que somos completamente libres e inocentes de tal sedición? ¿Y por qué no advierten, en cambio, sus propias devoradoras, sangrientas y homicidas sediciones, las cuales —¡ay!— no tienen medida ni fin por lo que uno puede ver? Oh, querido Señor, ¿cuántos principados, ciudades y países han ellos arrasado? ¿Cuántos fuegos han encendido? ¿Cuántos centenares de miles han matado ellos? ¡Cómo han robado, esquilado y despojado de sus bienes al pobre campesino que gustosamente hubiera mantenido la paz y que era del todo inocente de las rivalidades entre los príncipes! ¡A cuántas esposas de hombres nobles y a cuántas vírgenes han ellos deshonorado! ¿Cuántas bestiales, inhumanas e infernales atrocidades cometieron y continúan cometiendo diariamente? Y todo esto ellos no lo notan. Sí, tiene que ser hecho en buen estilo y con finura. ¿En qué manera todo esto concuerda con la doctrina, la naturaleza y el espíritu de Cristo? ¡Cuán hermosamente concuerda esto con la actitud de inocentes niños a quienes los cristianos deben parecerse en malicia, o con los indefensos corderos y las sencillas palomas que las Escrituras nos señalan! Si las autoridades temporales no tienen la disposición y el espíritu de Cristo, entonces todos ellos deben reconocer que no son cristianos.

Soy bien consciente de que estos tiranos (que no se jactan de ser cristianos) justifican y convalidan su abominable hostilidad, sedición y

derramamiento de sangre refiriéndose a Moisés, a Josué, etc.³². Pero no reflexionan que si Moisés y sus sucesores sirvieron en su día con la espada de metal, ahora Cristo nos ha dado un nuevo mandamiento y nos ha ceñido con otra espada (no estoy hablando de la espada de la justicia, porque ése es asunto diferente, sino que hablo de la guerra y de la sedición). No reflexionan que la mismísima cruz, la espada, que ellos esgrimen contrariando las Escrituras evangélicas, es usada por ellos para herir a sus propios hermanos; es decir a aquellos que son de la misma fe, que han recibido el mismo bautismo y que comen el mismo pan con ellos y que, por lo tanto, son miembros de uno y el mismo cuerpo. ¡Ay, cuán extraña y sangrienta agitación han promovido los luteranos durante varios años para introducir y fundamentar su doctrina! Dejaré que ellos recapaciten sobre esto.

Sin embargo, nosotros, que somos inocentes, tenemos que ser llamados herejes sediciosos, y ellos píos y pacíficos cristianos. ¡He ahí cuán tristemente está entenebrecido el entendimiento de este mundo! Bien, que ellos nos traten entonces como gusten. El misericordioso Padre de gracia seguramente nos preservará de todo abominable disturbio, como los que han causado los münsteritas, cosas que, lamentablemente, todavía están en boga entre nuestros confundidos cristianos³³. Porque por la gracia de Dios que ha llegado a nosotros, hemos convertido nuestras espadas en arados y nuestras lanzas en horquillas, y nos sentaremos bajo la verdadera viña; es decir Cristo, bajo el Príncipe de Eterna Paz. Y nunca más nos prepararemos para conflictos carnales ni para guerras de sangre.

A/3: En tercer lugar, respondemos no conocer ni usar otra espada que aquella que el mismo Cristo trajo a la tierra desde los cielos, y la cual los apóstoles esgrimieron con el poder del Espíritu, es decir la que procede de la boca del Señor. Esta espada del Espíritu es más aguda que ninguna espada de dos filos, penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Con esta espada, y no con ninguna otra, queremos destruir el reino del diablo, reprender toda maldad, implantar la justicia, poner al padre contra el hijo y al hijo contra el padre, a la madre contra la hija y a la hija contra la madre. Y esto en la medida que Cristo Jesús y sus santos apóstoles lo han hecho en este mundo. No me estoy refiriendo aquí a los profetas Elías y Samuel (entendedme bien) quienes también usaron la espada externa, sino que me refiero a los profetas Isaías, Jeremías, Zacarías, Amós, etc., quienes reprendieron con la doctrina y con nada más.

Esta misma espada que ceñimos no la abandonaremos ante ningún emperador ni rey, magistrado ni alcalde, porque Pedro dice que tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres. Para la alabanza y el servicio de Aquél que nos ha ceñido con ella, nosotros estamos obligados a usarla, ya fuere nuestra suerte vivir o morir, si esto último agradara a Dios.

Que el mundo trate de presentar este fiel servicio de puro amor como una sedición es algo que tendremos que aceptar y sobrellevar con paciencia, como hicieron nuestros antepasados. "¿Eres tú el que turbas a Israel?", preguntó Acab a Elías. El profeta contestó: "Yo no turbo a Israel sino tú y la casa de tu padre". Jeremías, debido a su fiel advertencia y saludable admonición tuvo que pasar por rebelde y hereje. Cristo Jesús tuvo que ser colgado de la cruz. Pablo y los apóstoles fueron encerrados en prisión como engañadores y conspiradores y, finalmente, tuvieron que sufrir el martirio. Si ahora el mundo tuviera que dictar una verdadera sentencia, entonces sería reconocido como Cristo, y sus seguidores no se levantaron en sedición contra el mundo, sino que el mundo se sublevó contra Cristo y sus seguidores. Entonces reconocerían que nosotros no nos amotinamos contra nadie, sino que el mundo se levanta contra nosotros en motín, tiranía y "guerra santa", como puede verse.

Asimismo, nunca podrá verificarse que seamos desobedientes en cosas que son ordenadas por Dios. Me refiero a lo concerniente a diques, caminos, canales, impuestos, peajes, tributos, etc. Pero si lo que ellos quieren es gobernar y señorear por sobre Cristo o contrariamente a Cristo Jesús en nuestras conciencias y conforme a sus caprichos, esto no se lo concederemos. Preferimos más bien sacrificar nuestras posesiones y nuestra vida antes que pecar a sabiendas contra Jesucristo y su santa Palabra a causa de hombre alguno, ya fuera emperador o rey.

Y al proceder así no nos conducimos incorrectamente sino que hacemos lo que es justo, como las Escrituras repetidamente testifican. Por lo tanto, con la piadosa Susana mucho más preferimos obedecer a Dios³⁴. Que el Padre de gracia, mediante su bendito hijo Jesucristo, conceda a este mundo sordo y ciego, oídos con que oír y ojos con que ver, para que podamos ser convertidos y eternamente salvados.

B: En segundo lugar, somos —con gran severidad pero sin causa alguna— acusados por aquellos que nos persiguen de ser testarudos, ambiciosos y personas intolerables que constantemente rehusamos ser enseñados e instruidos.

B/1: A esto respondemos, primero, que aunque esta acusación fuese verdadera y justa (lo cual no es), aun así no sería justo que nos persiguieran para exterminarnos o dañarnos, dado que ellos se llaman a sí mismos cristianos, y el castigo de la incredulidad será eterno, según testifican las Escrituras.

La fe, dice Pablo, no es posesión de ningún hombre, sino que es un don de Dios. Ahora bien, si es don de Dios, entonces no puede ser impuesta a ningún hombre mediante una fuerza externa o mediante la espada. Solamente puede ser manifestada a través de la pura doctrina de la santa Palabra, con la humildad y ferviente oración y esto por la gracia de Dios mediante su Espíritu Santo.

Además, no es la voluntad del padre de familia que la cizaña sea arrancada antes del tiempo de la cosecha, como enseña la parábola evangélica con gran claridad³⁵. Si nuestros perseguidores son cristianos, como ellos creen, si consideran verdadera la Palabra de Dios, ¿por qué entonces no oyen y no siguen la Palabra y el mandamiento de Cristo? ¿Por qué arrancan antes de tiempo? ¿Por qué no temen arrancar el trigo junto con la cizaña? ¿Por qué invaden la provincia de los ángeles que son los que entonces han de atar en manojos la cizaña y arrojarla al horno del fuego eterno?

La justicia hubiera requerido que, dada nuestra fe o nuestra incredulidad (si verdaderamente puede llamársele incredulidad, como afirman ellos) no dañe a nadie, deberían, con nuestra fe o nuestra incredulidad, remitirnos al Señor solamente y a su justicia. Porque Él, a su debido tiempo, juzgará todas las cosas con justicia, no nos consumirá con espada como salvaje y frenético pagano. Es disposición propia de un cristiano verdadero y piadoso tratar de guiar al arrepentimiento a los pobres y errantes pecadores y no destruirlos, como hacen estos hombres. Todos los que muestran un espíritu contrario deberían conocer claramente de qué padre son ellos nacidos. Esto cualquier cristiano sensible lo puede determinar con la Biblia delante de sí.

B/2: En segundo lugar respondemos estar preparados en todo sentido, incluso hasta la muerte, para recibir toda sana doctrina, amonestación, instrucción y reprensión justas. No escatimamos trabajo, ni dolor, ni gastos para tener fieles mayordomos que nos suministren el pan a su debido tiempo. Porque nuestras almas tienen hambre del Pan de Vida y nuestros espíritus están sedientos del Agua de Vida. A todos aquellos que lo parten debidamente y la vierten en forma correcta, a esos deseamos escuchar de todo corazón y ser obedientes a su doctrina.

Pero no tenemos apetito alguno por la levadura de los fariseos y de los saduceos, ni por las mentiras y el engaño de los falsos profetas, ni por los robos y homicidios de los ladrones y asesinos. Que nos suceda lo que Dios permita. ¡Sea Dios alabado, hemos gustado el pan celestial! Por lo tanto nos hemos cansado de la levadura y de los desperdicios de los eruditos. Hemos bebido del agua cristalina y dejaremos que ellos guarden la impura para sí. La verdad ha penetrado en nosotros y la mentira tendrá que quedar afuera. La luz ha resplandecido en nosotros y ya no hay más lugar para las tinieblas. En resumen, hemos hallado a Cristo, el verdadero Mesías y su salvadora Palabra, su pura ordenanza y su santa e inocente vida (conforme al don recibido por nosotros). Por lo tanto hemos dado espaldas al Anticristo, y esperamos no escuchar más a sus maestros, ni practicar su ordenanza del bautismo de infantes ni su idolátrica Cena, ni hacer las paces con la vida malvada, vil y carnal.

Si en esto hemos pecado y hecho lo malo ante Dios y ante su Iglesia, como piensan ellos, entonces los Padres y las Escrituras nos han engañado miserablemente. Pero, ¡ah no!, la Palabra de Dios es verdad y siempre permanecerá como la verdad, aunque todos los que vivan sobre la tierra se ofendan por ello.

No queremos otra vez mezclarnos con su falsa doctrina y con sus fabricados sacramentos, con su idolatría y falso culto, con su vergonzosa e impura mala vida. Por el espíritu de Dios y de las Escrituras y por el testimonio de nuestras propias conciencias nos hemos apartado de los tales, y debido a eso tenemos que pasar por obstinados, tercios y duros de cerviz; y ¡ay!, ser considerados por todos como herejes y ser objeto de burla y despojo.

Ciertamente tengo la esperanza, queridos hermanos, de que las absurdas acusaciones nunca puedan debilitar el corazón de los rectos ni hacerlos desmayar, por cuanto aquellas carecen de todo fundamento. Nosotros, por el contrario, tenemos de nuestra parte toda la Escritura junto con los profetas, apóstoles, santos, sí, y con el mismo Cristo Jesús, todos los cuales han permanecido firmes e inmovibles hasta la muerte, contra la falsa doctrina, la tortura y la tiranía. Ni en una simple palabra han concordado ellos con los malvados ni en corazón, ni en lenguaje, ni en conducta.

¿Rechazaremos entonces la luz celestial y abrazaremos la tiniebla maldita? ¿Abandonar la imperecedera verdad y la vida eterna para seguir la mentira y andar tras de la muerte a cambio de algunos bienes perecederos y una vida temporal de media hora? ¡Mejor no haber nacido! ¡De tan mortal caída librenos Dios en su ilimitado poder!

B/3: En tercer lugar, respondemos que sinceramente detestamos y odiamos las enseñanzas y la conversión con las cuales aquellos que nos persiguen nos enseñan y quieren convertirnos, porque el fin de ellas conduce a la muerte, conforme al testimonio de toda la Escritura. ¿La razón? La doctrina de ellos es falsa y engañosa, sus sacramentos son idólatricos y carentes de base en la Palabra de Dios; su culto es pura idolatría y su vida toda es terrenal, carnal y contraria a la Palabra de Dios, como puede verse. Sí, son tal clase de personas que uno justamente podría replicarles con todo aquello que nos arrojan, es decir, duros de cerviz, sediciosos e impenitentes, con corazones más empedernidos que el diamante, gente que no conoce a Dios. Como el profeta dijo de Israel: “El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su señor, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento”.

“¡Oh, gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron la ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. Abrazaron la mentira —dice Jeremías— y no han querido volverse. Escuché y oí; no hablan rectamente, no hay hombre que se arrepienta de su mal, diciendo: ¿Qué he hecho? Cada cual se volvió a su propia carrera, como caballo que arremete con ímpetu a la batalla. Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová.” Y hay más pasajes de similar naturaleza.

Con Juan el Bautista uno bien podría reprenderlos y decir: Haced frutos dignos de arrepentimiento y no digáis que sois cristianos, como los fariseos decían que ellos tenían a Abraham por padre, porque a tales perversos y carnales cristianos Dios no los conoce. El hacha está puesta a la raíz de los árboles, por tanto todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Ni los borrachos, ni los avaros, ni los envidiosos, ni los orgullosos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los fornicarios heredarán el reino de Dios. Por lo tanto, con corazones compasivos podemos decir a aquellos que nos persiguen y que aún son tales: ¡Arrepentíos! Porque ellos, ay, como todos los demás, señores y príncipes, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, todos por doquier andan por el maldito camino de la arrogante maldad. A Dios y a su Palabra rechazan, al Espíritu Santo contristan; toda piedad y justicia ellos crucifican; el temor y el amor de Dios ellos odian. Y aun así dicen a quienes verdaderamente andan en el camino de la verdad, que han muerto para la carne y la sangre, que tienen mentalidad

celestial y espiritualidad, que con fieles corazones buscan a Cristo Jesús y a la imperecedera vida eterna, a estos les dicen: "Arrepentíos", "permitid que se os instruya", y similares expresiones. Como si nosotros tuvieramos la mentira y ellos la verdad; mas conforme al don que se nos ha concedido, amamos y buscamos al Señor sinceramente. Pero lo que ellos hacen lo dejo a juicio de todo cristiano inteligente.

Además, ellos mismos tienen que testificar que nuestro ardor, nuestro amor y nuestra conducta exceden sobradamente a la suya. ¡Sin embargo tenemos que pasar por engañados, tercos, obstinados e incorregibles herejes, y ellos por poseedores del verdadero espíritu, ungidos cristianos y auténticos hijos de Dios!

Mis queridos hermanos, vosotros podéis juzgar cuán impotente y trivial es el intento del mundo para justificarse en este sangriento programa y cuán indiscreta y puerilmente somos acusados. A todos aquellos que nos persiguen deseamos que la gracia de Dios los conduzca al arrepentimiento, porque es harto tiempo de que despierten y se vuelvan al Señor.

C: En tercer lugar, aquellos que nos persiguen tratan de justificarse a sí mismos diciendo que está bien que seamos perseguidos, ya que nosotros descarriamos lamentablemente a mucha gente llevándola a la destrucción.

A esto replicamos que si uno observa y juzga este asunto desde un punto de vista carnal, entonces ciertamente parece que muchos han sido miserablemente engañados por nosotros. Porque todos aquellos que obediente y firmemente desean seguir ésta nuestra doctrina, esta fe, esta vida y confesión, tienen que arriesgar todo lo que han recibido de Dios: su reputación y buen nombre, granjas y tierras, oro y plata, padre y madre, hermana y hermano, esposo o esposa, hijo o hija, sí, e incluso la misma vida. Son señalados burlescamente por todos los hombres. Son pisoteados, odiados, calumniados y abusados, traicionados y entregados a la muerte, enviados a las galeras, torturados, golpeados, sometidos a espada, hambre y sed. Además, necesidad, penurias, sufrimientos, desdichas, tristeza, lágrimas, prisión y cadenas tienen que ser su parte y su porción aquí sobre esta tierra.

A nadie se le permite sin riesgo ayudarlos o favorecerlos. El padre no puede recibir ni socorrer a su hijo ni el hijo a su padre. En resumen, son mirados por el mundo como seres indignos del cielo y del infierno. Además, ellos evitan todo lo posible la pompa y el esplendor, el comer y el beber, y toda vida frívola y blanda, etc., en lo cual el mundo chochea y se deleita. Frente a esto ellos enseñan humildad, sobriedad y una sen-

cilla y despreciada vida en el temor del Señor, cosas éstas que el mundo odia y rechaza. Ciertamente, entonces, no es maravilla en mi opinión que el extraviado y ciego mundo —que no tiene ni conoce al Espíritu Santo, como Cristo lo enseñó y que busca, entiende y juzga cosas terrenales— considere esto como impostura y engaño, y por eso lo odio.

Pero aquellos que son enseñados por Dios y que de la vieja existencia pecaminosa se han levantado con Cristo en novedad de vida, que son hechos partícipes del Espíritu Santo y que tienen mente espiritual, viendo las cosas a la luz del Espíritu, estos no lo consideran como engaño e impostura. Por el contrario, lo aman más que al oro y la plata, más que todo conocimiento y sabiduría, más que todo poder y honor, más que todo adorno y belleza, más que cualquier cosa que pueda ser nombrada bajo el cielo. Porque ellos saben de corazón que por esta doctrina la imperecedera y eterna vida es alcanzada. Por lo tanto, no miran a las cosas transitorias sino a las imperecederas. Buscan y acumulan un tesoro y una herencia que está en los cielos, pero los tesoros terrenales no les preocupan. Buscan la sabiduría eterna, y por esto tienen ellos que pasar por necios ante todo el mundo. Se adornan con el vestido interior de justicia y desprecian las externas vestiduras del orgullo comidas de poliilla. Luchan por aquel reino y aquella corona que permanecerán para siempre, y el reino terrenal y su gloria la dejan para quienes se deleitan en ello.

Por consiguiente es necesario, queridos hermanos, juzgar espiritualmente todas las cosas porque el mundo ha llegado a tal extremo que la pura doctrina de Jesucristo y de sus santos apóstoles es mencionada como herejía. Predicar a Cristo Jesús, su Espíritu y vida, su pura Palabra, su voluntad y ordenanzas, convertir a la gente de la impiedad a la piedad, es presentado como impostura y engaño. Ved cuán ciegos e insensibles a las cosas divinas son aquellos que nos persiguen, esos que tan miserablemente nos oprimen y nos matan por causa de la verdad. Sí, mis hermanos, aquí están la paciencia y la fe de los santos: todos aquellos que en su corazón creen esto tal como ha sido relatado aquí, poseerán sus almas en paz, no importa cuál sea la oposición que se le haga, y orarán por sus enemigos con todo su poder.

D: En cuarto lugar, aquellos que nos persiguen también nos acusan muy amargamente de apartarnos de sus doctrinas, sacramentos, servicios religiosos y de toda la vida carnal, y de que en tales cosas no queremos tener nada que ver con ellos. Dicen que al hacer así los condenamos y consignamos a ellos al infierno.

D/1: A esto replicamos, en primer lugar, que no nos sentimos libres ni de palabra ni de obra para aprobar a sus predicadores, sacramentos, servicios religiosos e impura vida carnal. ¿La razón? Son abiertamente contrarios a Dios y a su Palabra. Los predicadores salen sin haber sido enviados. Su doctrina es falsa, engañosa y contraria a la salvadora doctrina de la verdad. Su vida está del todo sujeta a reproche. Sirven por salarios fijos. Se someten a la voluntad del mundo, como les place. El fundamento de su religión son los emperadores, reyes, príncipes y potentados. Lo que estos ordenen ellos enseñan, y lo que estos prohíben, ellos omiten. Su bautismo de infantes no tiene base escritural y su Cena del Señor es idólatra e impura, y es administrada y recibida por impuros. Sus servicios en la Iglesia son contrarios a la doctrina de los apóstoles y su conducta diaria es, en su mayor parte, tan carnal y malvada que todos los hijos de Dios están asombrados y amedrentados.

Viendo, pues, que sus doctrinas, sacramentos, servicios religiosos y vida son manifiestamente contrarios a la Palabra de Dios, ¿cómo podríamos una vez más hacer causa común con ellos en tales abominaciones? Que nos separemos de ellos es la expresa Palabra y voluntad de Dios: porque, ¿qué comunión —dice Pablo— tienen la luz con las tinieblas, y qué acuerdo Cristo con Belial? ¿Qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: "Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros Padre y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso".

Estas palabras de Pablo son sencillas y comprensibles. Es por lo tanto completamente imposible que aquellos que, mediante el don de Dios, recibieron de lo alto la verdadera luz, Cristo Jesús, y han obtenido piadosa justicia y poderosa y eficaz fe, que se han vuelto verdadero templo del Señor, que son guiados por el Espíritu Santo, que han sido elegidos y adoptados para ser hijos de Dios, sean una vez más unidos con las tinieblas, con Belial, con la injusticia, con los incrédulos y los idólatras. Porque vosotros, por la gracia de Dios, sabéis concretamente que sus doctrinas, sacramentos, servicios religiosos y su vida son fundamentalmente falsos y espurios. ¿cómo podréis uniros nuevamente con ellos y decir sí a sus abominaciones? (Esto si tenéis un verdadero celo por Dios y contáis todas las cosas como estiércol para ganar con Pablo a Cristo, si conforme a las Escrituras os aferráis a lo bueno y odiáis lo malo, si habéis lavado

vuestras ropas en la sangre del Cordero y en todos vuestros pensamientos, palabras y acciones os dejáis juzgar por las normas de la Santa Palabra y el ejemplo de Cristo.) No podemos servir a dos amos al mismo tiempo, ¿no es cierto? No podemos tener comunión al mismo tiempo con Cristo y con el diablo, ¿no es cierto? Si amamos lo bueno, tenemos que odiar lo malo. Si abrazamos la verdad tenemos que abandonar la mentira. Y argumentos semejantes a estos hay muchísimos en la Escritura.

Y porque hacemos tal separación con ellos, y porque de palabra y de hecho testificamos —aun a riesgo de muerte— que sus obras son malas, por ello el impulso de sus corazones les impele a un odio y una indignación inhumana. Y con el corazón y con la boca dicen, todos los impíos lo han hecho desde el principio: pongamos asechanzas al justo, porque él no está a favor nuestro y es claramente contrario a nuestras obras. Él nos ha echado en cara que hemos ofendido la ley y se ha opuesto a nuestra infamia, a las transgresiones de nuestra educación, etc. Él ha revelado nuestros propósitos secretos y nuestras astutas maquinaciones. Hasta el verlo no es insoportable, porque la vida de él no se parece a la de los otros hombres. Sus caminos son distintos. Somos estimados por él como falsificadores. Él se abstuvo de nuestros caminos como de la inmundicia. Él ha declarado el fin del justo como una bendición. Condenémoslo a una vergonzosa muerte, como dice el escritor de la Sabiduría³⁶.

Mis muy queridos hermanos, aquí el Espíritu Santo toca el mismo nervio del asunto. Porque ésta, nuestra verdadera confesión, es decir, nuestra separación de ellos, es la verdadera razón por la cual el mundo ciego y sangriento ruge tan atterradoramente, y por lo cual tenemos que oír y sufrir tanto. Como también Pedro lo dice: "A ellos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreño de disolución, y os ultrajan". Sí, por esa razón Isaías, Jeremías, Zacarías, Sadrac, Sesac y Abed-Nego, Daniel, Eleazar, la madre de los siete hijos, Cristo Jesús, y todos los fieles tuvieron que morir y llevar la cruz, porque seriamente reprobaban al mundo y a sus doctrinas, ceremonias y conductas, y se les opusieron hasta la muerte.

Estas cosas son hasta hoy la única y esencialmente misma causa (aunque los que nos persiguen aleguen muchas, como hemos visto) por la cual somos hechos pasar ante el mundo como anabaptistas, herejes, bribones, engañadores y sediciosos, y somos arrojados a las aguas, al fuego, a las galeras y a los instrumentos de tortura. Pero, alabado sea Dios, inosotros sabemos por qué sufrimos! Tam-

bién sabemos que Aquél que nos ha llamado en esta gracia y en Quien confiamos, llevará nuestras cosas a buena conclusión. Él estará junto a sus pobres y acosados hijos y los salvará en todo tiempo de necesidad y prueba, para su eterna honra y gloria.

Quienes nos persiguen dicen que ello es debido a pura maldad y espíritu de contradicción de parte nuestra. Pero esta declaración es falsa e injusta ante Dios, quien conoce los corazones de todos los hombres. Porque nuestra separación no surge de ningún otro motivo o consideración que éste: que pese a nuestra debilidad queremos observar con todo el corazón la Palabra y el mandamiento de Dios y, en puro amor, testificar al mundo también por nuestras obras que ellos todos mienten en maldad: sí, que están fuera de Dios y de su Palabra. Y esto con el fin de que ellos puedan, mientras sea posible, despertar y volverse de su iniquidad. Porque (cómo puede uno enseñar a otros dulzura, castidad, humildad, ni virtud alguna mientras uno mismo está lleno de avaricia, adulterio, orgullo y toda forma de vicio? Sería la cumbre de la necedad que una persona señale a otros el camino recto, los ponga sobre aviso respecto a los ladrones y asesinos, mientras que él mismo camina por un tortuoso y desierto camino andando intencionalmente derecho a la red de los ladrones y salteadores? Mis hermanos, reflexionad sobre lo que digo.

No basta con que un cristiano hable meramente la verdad. Además tiene él que verificar y perseverar firmemente teniendo en práctica lo que habla. De lo contrario tendrá que escuchar lo que fue dicho a los fariseos: "Vosotros decís y hacéis"; y como Pablo también dice en Romanos a los judíos: "Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿comes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, con infracción de la ley deshonoras a Dios?" En resumen: un cristiano enseña y actúa, profesa y practica, cree y obedece, muestra el camino y anda por él. Sí, su corazón, su palabra y sus obras concuerdan. Si no él será un hipócrita y no un cristiano, como lamentablemente hay muchos de ellos por ahí, hombres que mucho se jactan de conocimiento y sabiduría pero, en cuanto a poder, son estériles e inútiles.

D/2: En segundo lugar, respondemos que aquellos que nos persiguen nos acusan injusta y violentamente de condenarlos y remitirlos al infierno. ¡Ah, no! Lejos sea de nosotros condenar a nadie bajo el cielo antes de su tiempo, no importa cuán malvado pueda ser. Bien sabemos que la Escritura dice: "No juzguéis para que no seáis juzgados". Hay Alguien que a su debido tiempo juzgará a cada uno conforme a sus obras:

es decir: aquél a quien el Padre ha confiado todo el juicio, y quien usurpe su juicio no quedará sin castigo. Además, no sabemos qué gracia puede el pecador recibir todavía antes de su muerte. Por lo tanto, somos limpios e inocentes ante Dios de condenar a otros. Sin embargo, nos atrevemos decididamente a hablar conforme a la Palabra de Dios así: si el avaro no se vuelve de su avaricia, y el fornicador de sus fornicaciones, el borracho de sus borracheras, el idólatra de sus idolatrías; y si con piadosa y arrepentida vida no regresa al verdadero y viviente Dios con tristeza y angustia de corazón en activa fe de Cristo Jesús, entonces él no es cristiano en manera alguna y no heredará el reino de Dios. Si la sentencia es dictada en esa forma, no somos nosotros los que juzgamos, sino las Escrituras, como dice Cristo: "El que me rechaza y no recibe mis palabras tiene a uno que lo juzga: la palabra que yo he hablado lo juzgará en el Día Final". Sabemos muy bien que Dios no salva ni puede salvar a ningún hombre contrariamente a su Palabra, porque Él es verdad y no conoce mentira. De manera que cuando no hay fe, ni novedad de mente, ni arrepentimiento, ni tristeza de corazón, etcétera, sobre eso, ay, Cristo Jesús ya ha dictado sentencia al decir: "Si no creéis que yo soy, pereceréis en vuestros pecados". A menos que os arrepintáis, todos pereceréis igualmente", y muchas otras expresiones similares.

Podéis ver, mis hermanos, que en esta forma no juzgamos prematuramente a hombre alguno con nuestras palabras —como bien lo sabéis— sino que dejamos todo esto a Cristo Jesús y a su Palabra. Él los juzgará en el tiempo que lo disponga. No los condenamos por nuestra separación, como ellos se quejan, sino que enseñamos y amonestamos de palabra y de obra con toda diligencia y fidelidad, que dejen lo malo, que hagan lo bueno, que se conduzcan correctamente, que busquen y teman a Dios con buena conciencia para que no mueran en pecado e incredulidad, y permanezcan así para siempre bajo la ira y el juicio de Dios. No obstante, los hombres insisten en presentar el amor puro y el servicio fiel de los píos como si fuese maldad. Y así ellos mismos se fabrican su propia desgracia.

E: En quinto lugar, muchos cubren su tiranía y su sed de sangre con la inútil hoja de higuera y dicen: "Nosotros no os juzgamos, sino que el mandato del emperador os juzga"³⁷.

A esto respondemos así: si aquellos que nos persiguen son cristianos y conocen a Cristo, como ellos piensan, entonces con toda humildad deseamos que tracen una comparación entre el emperador y Cristo. Que noten bien si el emperador y Cristo tienen mente pareci-

da y si aquel anda como Cristo enseñó y como lo demostraron sus discipulos. También les preguntamos si ellos ponen al mandato del emperador después del Evangelio de Cristo. Si entonces ellos descubren que el emperador no concuerda con Cristo en espíritu y vida, y que el mandato mediante el cual él juzga, es contrario al Evangelio, entonces tendrán que reconocer que el emperador no es cristiano y que para Dios su mandato ha caducado y es maldito.

Es una muy triste y lamentable ceguera que ellos teman y honren al pobre emperador terrenal mucho más que a Cristo Jesús, y que estimen su sangriento y cruel mandato por encima del precioso Evangelio. A pesar de esto desean que se les considere como cristianos. ¡Oh, si el emperador y sus colaboradores fuesen cristianos, como tan fervientemente lo deseamos! ¡Cuánta sangre inocente sería entonces ahorrada! Sangre que ahora es vertida como agua y contrariamente a toda Escritura, razón y amor.

Mirad, todos vosotros los que sois culpables de sangre inocente y os excusáis con el mandato del emperador, ¿dónde habéis leído ni una simple letra en toda la actividad de Cristo según la cual los hombres deben ser castigados a muerte por causa de su fe y ejecutados por la espada. ¿Dónde los apóstoles han enseñado o practicado eso? ¿No tienen todos los asuntos del espíritu [materias de fe] que ser reseñados para el juicio del Espíritu? ¿Por qué el emperador y vosotros os ponéis en el lugar de Dios para juzgar cosas que no entendéis y que no os corresponden? ¿No recordáis lo que cayó sobre Faraón, Antíoco, Herodes y muchos otros porque no temieron al Altísimo y se endurecieron contra su pueblo? Considerad vosotros, oh, tiranos y hombres sanguinarios, que el emperador no es la cabeza de Cristo, sino que Cristo es la cabeza del emperador, que el emperador no debe gobernar y juzgar a Cristo, sino Cristo al emperador. Dignos caballeros, ¿cómo podéis ser tan rudos y atrevidos contra Aquél que os ha creado? ¿Así que creéis que la Escritura se burla de nosotros y no dice la verdad? ¿O creéis que la arena de vuestro reloj durará por siempre?

Permaneced en pavor ante Aquél que en la palma de su mano abarca cielos y tierra, que envía los ardientes dardos de sus relámpagos, las ráfagas de la tempestad, que hace temblar las montañas, que gobierna todo con la palabra de su poder, ante quien toda rodilla se doblará, tanto de los que estén en los cielos, como de los que están en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua tendrá que confesar que Él es el Señor. Cuando Él llama, vosotros tendréis que com-

parecer ante el tribunal³⁸, no importa quiénes seáis, cómo o dónde estéis. En ese lugar no habrá escape, ni consejo, ni excusa. Cuando Él llame tendréis que estar allí y rendir cuentas, porque ya no podréis seguir como mayordomos. Tan solamente un poquito y el malvado ya no será más, aunque ahora su trono aparezca exaltado en las nubes del cielo y su dominio se extienda hasta los fines de la tierra: en breve tiempo más él será buscado pero no será hallado.

Por lo tanto, queridos hijos y hermanos en el Señor, tened buen ánimo y plena consolación en Cristo Jesús, porque todos los que os persiguen serán como la hierba y todo su poder y su gloria como la flor del campo. Por lo tanto, no tengáis temor de los hombres mortales sino temed al Señor que os ha elegido. Porque todos los hijos de los hombres se marchitarán como la hierba, se desvanecerán como neblina, se derretirán como cera y desaparecerán como viejas vestiduras, pero vosotros viviréis por siempre, como lo testifica la Escritura, y vuestras almas vivirán eternamente.

Sí, queridos hermanos, el ansiado día de vuestra liberación está cerca. Ese día en que con gran firmeza haréis frente a aquellos que os han afligido y os han robado vuestro sudor y vuestro trabajo, sí, vuestra sangre y vuestra vida. Entonces aquellos que nos persiguen serán como ceniza bajo la suela de nuestros zapatos. Y reconocerán demasiado tarde que el emperador, el rey, los duques, los príncipes, la corona, el cetro, la majestad, el poder, la espada y el mandato no eran sino tierra, polvo, viento y humo.

Con este día en vista, todos los afligidos y oprimidos cristianos que ahora se esfuerzan bajo la cruz de Cristo son reconfortados con la firme esperanza de la vida venidera, y dejad que Dios se encargue de juzgar a los tiranos y a sus paganos mandatos. Y continúen inmovibles con Cristo Jesús y su santa Palabra, y conforme a ella construyen toda su doctrina, fe, sacramentos y vida. Y nunca jamás harán eso conforme a otra doctrina o mandato, porque el mismo Padre lo ha mandado así, desde el cielo: Cristo Jesús, junto con sus santos apóstoles, lo ha enseñado con toda claridad y legado a todos los devotos y piadosos hijos de Dios.

Considero, queridos hermanos, que aquí ha quedado suficientemente aclarado que la autojustificación de los tiranos con la cual ellos tratan de justificar y fundamentar sus tiránicos asesinatos no es nada más que puro paganismo, y sus acusaciones contra nosotros no tienen fundamento ni verdad. Son abiertamente contrarias a Cristo y

a la Palabra de Cristo, sí, contrarias a toda razón, justicia y amor. Quiera el Padre de misericordia conceder a todos los que sufren por la causa de su verdad un sano discernimiento de su Palabra y verdad, y libertad de mente para enfrentar las tentaciones. Amén.

E. LAS BENDICIONES DE LLEVAR LA CRUZ

Pero ahora queremos, por la gracia de Dios, mostrar en pocas palabras cómo el hecho de que seamos acosados y tentados en la carne con muchas opresiones y tribulaciones aquí en la tierra sirve a un buen propósito.

Consideremos, dignos hermanos, nuestra propia debilidad y pecado natural, que somos proclives al mal desde nuestra juventud, que en nuestra carne no mora nada bueno y que bebemos injusticia y pecado como agua, como Elifaz temanita dijo a Job. Consideremos también nuestra tendencia (aunque ciertamente busquemos y tememos a Dios) a preocuparnos por las cosas terrenas y perecederas. Entonces veremos que la gracia de Dios y Padre, quien a través de su eterno amor siempre cuida de sus hijos, ha dejado en su casa un excelente remedio contra todo eso: la pesada cruz de Cristo. Los que mediante Cristo Jesús somos transportados a la eterna gracia de la gloria del Padre, que con corazón puro creemos en Cristo Jesús (a quien amamos en nuestra debilidad) podamos mediante la antedicha cruz, es decir mediante mucha opresión, tribulación, ansiedad, arrestos, cadenas, capturas y cosas así, ser liberados de todas las cosas transitorias de la tierra, en las cuales se deleitan los ojos. Y así morimos para el mundo y para la carne, y amamos a Dios solamente, buscando las cosas de arriba donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Como también dice Pedro: puesto que Cristo ha padecido en la carne, vosotros también amaos del mismo pensamiento, pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta de la carne conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios.

Me parece muy difícil, dignos hermanos, que aquellos que voluntariamente inclinan sus cabezas ante la Palabra y la voluntad de Dios —que están dispuestos y preparados para obedecer la Palabra en todas las cosas, y que por estas cosas son constantemente perseguidos, afligidos, calumniados, capturados, robados y matados— que ellos vuelvan sus cora-

ziones al amor de las cosas temporales y a los deseos de la existencia terrenal. Porque, ¿qué tenemos nosotros que ver con dinero y posesiones si creemos tener un mejor tesoro en el cielo? ¿Si el aquí y el ahora no pueden salvarnos ni ayudarnos, y todo ha de caer en manos de los saqueadores? ¿Cómo podríamos gratificar nuestra carne de las concupiscencias si en cualquier momento no esperamos otra cosa que ser apresados por los funcionarios y tratados por el verdugo según su estilo; es decir atormentados, torturados, ahogados, quemados y ejecutados? ¿Cómo puede el mundo tener atractivo para nosotros, dado que somos hechos pasar como seductores del mundo, herejes, burladores y locos.

La eterna sabiduría conoce muy bien nuestra pobre debilidad. Y dado que la molicie, la paz y la prosperidad terrenales muy probablemente nos derribarían ante Dios y nos destruirían haciéndonos descuidados, contrarios, perezosos y dormilones, por lo tanto Él ha designado la cruz como una vara que mantiene el cuidado sobre los suyos; por la cual, como fiel Padre, guarda a sus queridos hijos de disciplina y piedad, los levanta y los hace ir adelante. Así como lo ha dicho Pablo³⁹: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él, porque el Señor que ama, disciplina y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque, ¿qué hijo es aquél a quien el Padre no disciplina? Porque si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos."

Vosotros veis, mis queridos hermanos, que estas palabras del apóstol son sobremanera preciosas y plenas de consuelo para todos aquellos que tienen que llevar la cruz. Un padre fiel y bien intencionado a veces ciertamente reprende con mano firme, castiga y reprime. Pero lo hace como fruto de su amor incontaminado y paternal para beneficio e instrucción de sus queridos hijos, aunque los lastima en la carne para que ellos no desprecien la voluntad, el mandamiento y la voz del padre sino que, de buen grado, puedan obedecer, aprender y practicar honra, piedad e instrucción. Así también nuestro Padre celestial a veces castiga a sus hijos electos con su vara paternal. Hace así para que puedan oírlo y obedecerlo a Él y en su santa Palabra, voluntad y mandamientos, y pongan en práctica devota instrucción y piedad, y para que en el temor de Dios, con sinceridad de corazón, no se conformen a este mundo, no vivan ya para la carne y sangre. En esta manera podrán, como obedientes y disciplinados hijos de Dios, ser al final hechos participantes del prometido reino y herencia. Pero si rehusan la vara de cas-

tigo, si arrojan de sí la cruz de Cristo, y a través del amante castigo de su Padre se echan más y más a perder y se hacen rebeldes; si rechazan la voluntad y la Palabra de su Padre, y siguen obrando conforme a su propia inclinación, entonces tendrán que ser expulsados y contados no como hijos legítimos sino como innobles bastardos.

Por consiguiente, hermanos santos, no rechazéis la vara castigadora de vuestro querido Padre. Ella es usada en vuestro beneficio, es decir para que podáis desechar toda carga y pecado que tan fácilmente os acosan, y para que en todo sin excepción, temáis, améis y obedezcáis a vuestro Padre. Veis, pues, que en esta forma la cruz de Cristo no es sino benevolencia y amor; no indignación y dureza de corazón, así como uno puede ver y juzgar conforme a la Palabra y al Espíritu de Dios, y no según la carne.

Por razones tales como las aquí mencionadas, ciertamente Dios permitió con frecuencia que su pueblo Israel fuese castigado por los filisteos, los asirios, los caldeos, etc., cada vez que se olvidaron de su Dios y se rebelaron contra Él. Mediante tales escarmientos y castigos ellos pudieron una vez más buscar a su Dios, prestar atención a su ley, dejar el mal y obrar en todo justa y correctamente. Sin embargo, el paternal castigo fue generalmente en vano en el caso de Israel, como lo dice el profeta: Él ha reprendido frecuentemente, ¿pero de qué sirvió? "La vara no corrigió a los hijos", dijo el Señor Dios. Y en otro lugar: "He aquí hambre y pestilencia, aflicción y angustia son enviados como flagelos para que se enmienden; pero a pesar de todas estas cosas ellos no se volvieron de su maldad, ni dieron importancia a los castigos". Y otra vez: "Tú los has golpeado, pero ellos no se afligieron. Tú los has consumido, pero ellos rehusaron recibir corrección. Han endurecido sus rostros más que la roca; se han negado a volverse".

Las antedichas palabras del profeta muestran claramente por qué los israelitas fueron tan frecuentemente castigados y golpeados por el Señor. Eso fue para que ellos pudiesen volverse y arrepentirse. Pero todo fue en vano, como los amados profetas lamentan y declaran en las palabras citadas.

Amados hermanos, sea esto una admonición para vosotros, para que no os volváis en este aspecto desobedientes y duros de corazón como Israel. Antes bien, someteos voluntariamente al misericordioso castigo de vuestro Padre. Y recordad que está escrito que cuando somos juzgados, somos castigados por el Señor para que no seamos condenados con el mundo.

Por esta causa, queridos hermanos y hermanas en el Señor, no rechazéis el castigo y la instrucción de vuestro querido Padre, sino recibid con gran gozo la admonición de su fiel amor. Agradeced a Aquel que mediante su paternal bondad os ha elegido para que seáis sus amados hijos en Cristo Jesús y os ha llamado con su poderosa Palabra. Agradeced a Aquél que os ha iluminado con su Espíritu Santo para que a través de la medicina y el remedio de la cruz de Cristo pueda Él restaurar la salud de vuestra pobre, débil y mortal carne, sujeta a tantas dañinas y destructivas enfermedades de concupiscencia y os ha apartado de las lujurias y los amores del mundo para que así podáis ser partícipes de la carga de Cristo y ser conformados a su muerte, para de esta manera alcanzar la resurrección de los muertos. Así como Pablo en cierto lugar⁴⁰ instruye diciendo: "Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal".

He aquí que por esa razón Él enseña, amonesta, reprende, amenaza y castiga. Lo hace para que podamos negarnos a la impiedad y los deseos mundanos, morir enteramente para el mundo, la carne y el diablo; y buscar nuestro tesoro, nuestra porción y nuestra herencia en el cielo; creer y amar sólo al eterno, verdadero y viviente Dios, y esperar así con paciencia la bendita esperanza de la aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, pues se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí mismo a un pueblo peculiar, sirviéndolo en justicia y piedad todos los días de nuestra vida.

Por esta razón dice Santiago: "Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. Porque así como el oro, a través del fuego, se separa de la escoria y las llamas lo hacen más y más puro; así también el hombre de Dios que está dispuesto, es humillado, purificado y limpiado en el horno y en el fuego de la tribulación para que él pueda ser una eterna alabanza, honor y gloria para Cristo y para su Padre y para que, con corazón fiel y sin impedimento alguno, pueda temer a Dios, amarlo, honrarlo y servirlo".

Y esta es la palabra que está escrita en el libro de Sabiduría: "Ha-

biendo sido castigados un poco ellos serán generosamente recompensados, porque Dios los probó y los halló dignos de Él. Como a oro en el horno Él los ha probado y los ha recibido como ofrenda quemada. Y en el tiempo de su visitación, ellos resplandecerán y correrán de aquí para allá como chispas entre el rastrojo. Ellos juzgarán las naciones y tendrán dominio sobre el pueblo y su Señor reinará por siempre"⁴¹.

Por lo tanto, queridos hermanos, confortaos en el Señor y llevad vuestra tribulación con calma como piadosos caballeros de Cristo para que podáis agradar a Aquél que os ha llamado y elegido como soldados. Pablo dice: "Y también el que lucha como atleta no es coronado si no lucha legítimamente. Pelead la batalla valerosamente y vuestro rey os mirará con favor. Pero si os volvéis temerosos, si bajáis vuestras armas y vuestras espadas y abandonáis la batalla, no recibiréis corona, porque Cristo dice: 'el que persevera hasta el fin será salvo'".

Temo que pueda haber algunos entre nuestros jóvenes e inexpertos hermanos que se dejen atemorizar por este efímero pensamiento. ¿Por qué los malvados prosperan más y por qué los justos tienen que sufrir tanto? Sí, a los ojos del imprudente puede parecer que los impíos han nacido para disfrutar de toda fortuna porque crecen y prosperan como las plantas. Se casan y son dados en casamiento. Siembran y cosechan. Almacenan el cereal en sus graneros y el dinero en sus arcas. Sus viviendas son magníficas, completas y bien adornadas. Ellos se recubren con oro y plata, con seda y terciopelo; engordan sus corazones como en día de matanza. Sus campos y sus prados florecen abundantemente. Sus ganados son sanos y prolíficos. Sus hijos están lozanos, alegres y sin preocupaciones ante sus ojos. Tocan órganos y campanillas, violas y laúdes. Cantan y bailan, y dicen a su alma: regocíjate y pásalo bien mientras puedas. Sus predicadores los confirman y consuelan, sus servicios religiosos son cosa hermosa por sobre toda hermosura. En una palabra: parece como si ellos fuesen amados y bendecidos por Dios con un amor fuera de lo común. Por el contrario, pareciera que los justos son maldecidos y odiados por Dios con un odio especial porque son como un endeble arbusto en una tierra árida, como un pobre y perdido pájaro nocturno picoteado por todas las aves, como un pelícano en el desierto, como una golondrina solitaria sobre el techo. Todos los que miran hacen burla de ellos; todos los que los conocen los desprecian. ¡No hay reino, ni territorio, ni ciudad, ni estado que sea suficientemente amplio como para tolerar a un pobre y rechazado cristiano! Todos los que abusan de él, y lo calumnian y lo estorban, piensan estar haciendo un servicio a Dios.

Hermanos, si fuésemos a juzgar según la manera de los hombres indudablemente tendríamos que quejarnos con el santo Jeremías: "Justo eres tú, oh Jehová, para que yo dispute contigo; sin embargo, alegaré mi causa ante ti. ¿Por qué es próspero el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?", o con Habacuc: "¿Por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él?", o con Esdras: "¿Son aquellos que están en Babilonia mejores que los que están en Sión? Los pies de Asaf ya habían resbalado al ver la prosperidad de los inicuos y observar la persecución y la tribulación de los justos".

A todos aquellos que son asediados con tales pensamientos y los aconsejo y amonesto que vuelvan sus corazones y ojos a la Palabra del Señor y noten bien lo que está escrito respecto al fin y a la conclusión de ambos: el impío primeramente.

Job declara: "Ellos pasan sus días en riqueza y en un momento descienden a la sepultura"; David dice: "No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad; porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán". "Si vivís conforme a la carne", dice Pablo, "conforme a la carne moriréis". "Tener mente carnal es muerte", y muchos otros dichos similares.

Pero en cuanto al fin del justo está escrito: "Las almas de los justos están a la diestra de Dios, y allí no habrá tormento que las toque. A la vista de los ignorantes ellos parecen morir y su partida es tomada como por miseria y su dejarnos como por completa destrucción, pero ellos están en paz". Igualmente: "Muchas son las aflicciones del justo pero de todas ellas los libraré el Señor". O también: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es grande en los cielos". Y otra vez: 2 Ts 1: 6-10.

Sí, todos aquellos que leen correctamente las Escrituras, creen y entienden. Y de esta manera poseen un acertado discernimiento del muy desigual fin y conclusión de ambos. Y por eso no envidian la efímera prosperidad, alegría y felicidad [de los malvados] sino que, en la gracia de Dios, encuentran consolación y aliento para enfrentar su miseria, opresión y cruz.

Bien sabemos, queridos hermanos, cómo esta cruz se parece a la carne dolorosa, ruda y severa, y al presente no se la aprecia como motivo de gozo sino de tristeza, como dice Pablo. Pero la cruz contiene en sí misma gozo, provecho y mucha delicia, y constantemente aumenta

la piedad de los piadosos, los aleja del mundo y de la carne, los hace reverenciar a Dios y a su santa Palabra, como fue dicho antes. Y dado que es también la santa voluntad de vuestro Padre que mediante la cruz sean aprobados los santos y descubiertos los falsos en su hipocresía, por lo tanto todos los verdaderos hijos de Dios están preparados para amar y para hacer la voluntad del Padre, regocijándose en ella. Como dice Pablo: lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Igualmente, los apóstoles se retiraron de delante del concilio, gozosos de ser tenidos por dignos de sufrir en su nombre.

Bien sabemos que la cruz irrita y punza nuestra pobre y débil carne, como podemos ver en los casos de Job, Jeremías, Elías y otros. En manera semejante, también el mismo Señor deseó si fuese posible que la copa pasase de él. Sí, en la extrema agonía se conmovió, tembló, sudó como grandes gotas de sangre, y un ángel del cielo tuvo que reconfortarlo. Por lo tanto, nuestro mejor consejo es que en fe y en humildad de corazón busquemos refugio solamente en nuestro Dios como hacen todos los piadosos portadores de la cruz, y lo han hecho desde un principio, y que con toda confianza busquemos su gracia, ayuda, asistencia y consolación. Porque, ¿quién ha confiado en Él y ha sido abandonado? ¿Y quién lo ha llamado y Él no escuchó? Él es nuestro Dios y Padre. Él es nuestro Señor y Rey. Él es nuestro Ayudador y Protector, nuestro Poder y nuestra Fortaleza, nuestro Consuelo y nuestro Refugio en tiempo de prueba. Él es el Cuerno de nuestra salvación y la Sombra protectora contra el calor. "Por mi Dios derribaré muros", dice David. "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?" Todo lo podemos en Cristo que nos fortalece. Confía en Él tu causa. Él obra en sus santos como a Él le agrada. A algunos los ha librado de la mano de los tiranos. A algunos los ha protegido en medio del fuego. Ante otros ha hecho cerrar la boca de furiosos y rugientes leones. A unos los ha librado de prisiones y cárceles y bajo sus pies sometió el temor a la muerte, y ellos triunfaron gloriosamente sobre el hambre, la sed, la burla, la vergüenza, la desnudez, los azotes, los arrestos, las angustias, las galeras, los instrumentos de tortura, el garrote, el tormento, el agua, el fuego, la vida, la muerte, etcétera. Porque ellos fueron conducidos por el estimulante y poderoso amor de Dios que convierte lo amargo en dulce y lo horrible en muy deseable. El amor, dice Salomón, es más poderoso que la muerte. Las muchas aguas no pueden apagarlo y las muchas inundaciones no pue-

den ahogarlo. Todos los que realmente se han aferrado de él dicen como Pablo: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación o angustia, o hambre, o desnudez, o peligro o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro".

Por lo tanto, queridos hermanos, vosotros que suspiráis bajo la cruz del Señor, reconoced a vuestro Dios, temed y amad a vuestro Dios, creed y confiad en vuestro Dios, servid y vivid para vuestro Dios. Y todo esto con corazones íntegros y puros, según el ejemplo de todos los santos y de Cristo. Y el misericordioso y fiel Padre, conforme a su *gran amor*, no os abandonará, sino que cuidará de vosotros como de la niña de sus ojos. Con toda fidelidad Él estará junto a vosotros. En toda aflicción y necesidad. Su mano llegará hasta vosotros y os guardará y sustentará, ya fuera en vida o en muerte, como a Él le parezca, para su gloria y para la salvación de vuestras almas. Porque Él dispensa tanta gracia y es tan fiel que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que en su *gran compasión* os concederá una salida de *gracia*, si vosotros creéis en su Palabra firme y seguramente, y lo contáis como vuestro fiel Padre.

Vosotros, veis, dignos hermanos, si os conducís de esta manera en vuestras opresiones y pruebas, si bebéis con paciencia la copa del Señor, dais testimonio de Cristo Jesús y de su santa Palabra en palabra y obra, si como mansos corderos os dejáis conducir al matadero por el testimonio de Cristo con perfecta constancia, entonces en vosotros el nombre de Cristo habrá sido alabado, santificado y glorificado. Y así el nombre de los santos será revelado, el Reino de los Cielos extendido, la Palabra de Dios dada a conocer y vuestros pobres y débiles hermanos en el Señor serán fortalecidos y enseñados por medio de vuestra actitud valerosa.

Sí, mis hermanos, en la manera aquí relatada, el sacrificio de la sangre de Abel habla a su día como la obediencia y la fe de Abraham, Isaac y Jacob, la castidad de José, la paciencia de Job y de Tobit, la excelente y viril confesión de Eleazar, la madre de los siete hijos⁴², la valerosa constancia, la piedad de todos los santos que han sido antes de nosotros, y el verdadero y genuino amor, la humildad, la paz y la justicia, la voluntaria ofrenda de Cristo, que conforme a la promesa de

Dios fue enviado del cielo en eterno amor por Dios nuestro Padre celestial para ser un ejemplo eterno y un maestro digno de fe.

Mis más queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús, dispersados por el extranjero en todas las tierras, para cuyo beneficio por puro amor cristiano yo he reunido y transcrito esta exhortación, deseo poner punto final a este asunto⁴³. Os suplico con toda humildad que consideréis bien en primer lugar qué clase de gente son aquellos que con tanto odio os persiguen y os privan de vida y propiedad. En segundo lugar, considerad por qué razón os persiguen y os causan tanta desdicha. En tercer lugar, notad que todos los santos y también el propio Cristo Jesús, han sufrido estas persecuciones, y que todos los píos deben sufrirlas todavía, como puede verse. En cuarto lugar, ved cuán deleznable es todo sus argumentos con los cuales ellos tratan de limpiarse de su sangrienta culpabilidad y nos acusan como si hicieran lo justo al proceder así, como si nosotros fuésemos merecedores de toda clase de desgracia y castigo. En quinto lugar, ved cuán provechosa y ventajosa es la cruz para nosotros, la cruz que debemos tomar y llevar diariamente por causa de la Palabra del Señor. Además, considerad cómo deberíamos desear, escuchar, creer y obedecer a Cristo Jesús. Si vosotros pesáis cuidadosamente estos cinco puntos conforme a las Escrituras, profundizando en ellos con pureza de corazón, no dudo que será para vosotros una poderosa e invencible fortaleza, una armadura y un escudo contra toda tribulación, persecución y desaliento, cuando esto venga a vosotros.

F. PROMESAS PARA AQUELLOS QUE LLEVAN LA CRUZ

Finalmente, os ruego y exhorto que consideréis con toda diligencia qué es lo que ha sido prometido a todos los soldados y conquistadores en Cristo en el mundo venidero. Y esto es: un reino eterno que no cesa, la corona del honor y de la vida que permanecerá por siempre. Por lo tanto, oh, vosotros pueblo de Dios, ceñíos y preparaos para la batalla, no con armadura y armas externas como el enloquecido y sangriento mundo acostumbra a hacerlo, sino con firme confianza, tranquila paciencia y con ferviente oración. No puede ser de otra manera. Esta batalla de la cruz tendrá que ser librada, esta viña de tristeza tendrá que ser hollada. Oh, tú, esposa y hermana de Cristo, permanece en calma. La espinosa corona tiene que punzar tu frente y los clavos horadar tus manos y tus pies. Cíñete y prepárate

porque tiene que salir fuera de la ciudad con tu Señor y esposo. Llevando su reproche. Sobre el Gólgota tú tienes que hacer una 'pausa y ofrecer tu sacrificio. Vela y ora, porque tus enemigos son más numerosos que los cabellos de tu cabeza y las arenas del mar. Aunque los corazones de ellos, sus manos, sus pies y sus espadas están sumamente rojas y sangrientas. no desmayes, porque Dios es tu capitán. Tu vida no es sino una incesante guerra en la tierra. Lucha valerosamente y recibirás la prometida corona. A aquél que venciera yo le daré a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios, y comerá del oculto y celestial maná.

A aquél que venciere Dios lo hará columna de su templo y escribirá su nombre sobre él el nombre de la Nueva Jerusalén. Aquél que venciere no será dañado por la muerte segunda. El que venciere será vestido con vestiduras blancas y su nombre no será borrado del Libro de la Vida sino que Cristo Jesús confesará su nombre delante de su Padre celestial y de sus ángeles. El que venciere se sentará con Cristo en su trono, así como Cristo venció y se sentó con su Padre en su trono.

¡Oh, soldados de Dios, estad listos, no temáis! Este lugar tenéis que pisarlo vosotros. Este angosto camino tenéis que transitar y por esta puerta estrecha tenéis que entrar a la vida. El Señor es vuestra fortaleza, vuestro consuelo y vuestro refugio. Él se sienta con vosotros en las prisiones y en las mazmorras. Él huye con vosotros a tierras extranjeras. Él os acompaña a través del fuego y del agua. Él nunca os dejará ni os abandonará. Sí, Él vendrá pronto trayendo su recompensa. "Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos". No os entristezcáis porque sois morenos, vosotros en nada sois menos bellos y agradables al rey. Como una rosa tenéis que crecer entre espinas y sufrir laceraciones. Porque aunque en su primera aparición Él fue sacrificado como un inocente cordero y no abrió su boca, sin embargo, tiempo vendrá cuando Él aparezca como victorioso príncipe y triunfante rey para hacer juicio. Entonces llorarán a gran voz y exclamarán: "Montañas, caed sobre nosotros, collados, cubridnos". Pero vosotros saltaréis y danzaréis de gozo como becerros cebados en los pesebres. El gozo y la alegría nunca os abandonarán, porque vuestro rey, el esposo y el redentor, Cristo Jesús, permanecerá con vosotros para siempre. Dios enjugará las lágrimas de vuestros ojos y no habrá más muerte, ni tristeza ni clamor. Ni habrá ya más dolor. Alabanzas a Dios, acción de gracias y glorificación surgirán por siempre de vuestras bocas. Dejad-

me decirlo una vez más. ¡Luchad! ¡La corona de gloria está preparada para vosotros! No retrocedáis ni os retiréis, porque aun un poquito y Aquél que ha de venir no tardará. Ahora el justo vivirá por la fe, pero si alguien retrocede, mi alma no tendrá en él contentamiento. Estad atentos y velad para que el fuego de la cruz no os consuma como madera, heno y rastrojo; para que las inundaciones y las tempestades de la persecución no derrumben la casa, para que el calor del sol no marchite la hierba, para que el perro no se vuelva a su vómito, para que vuestras ropas y vuestros pies, que habéis lavado, no se vuelvan a ensuciar y siete espíritus peores aniden en vosotros y el postrer error sea peor que el primero.

Por lo tanto, queridos hermanos y hermanas en el Señor, temed a vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma y buscadlo con todo vuestro poder. Velad de noche y de día. Llamad al trono de su gracia para que su mano paternal pueda sosteneros en toda aflicción, permaneciendo junto a vosotros en todas vuestras desdichas y pruebas, y guardándoos fielmente en su camino, su Palabra y su verdad. Así no podréis tropezar con vuestro pie contra la piedra y fracasar en vuestra profesión y en vuestra vida, ser quebrantados y deshonrados. Así podréis guardar el tesoro que ha sido confiado a vuestra custodia, siendo puros y sin mancha en aquel Día, y con todos los piadosos santos obtener la tierra prometida, la herencia, el reino, la vida y la corona. Esto os conceda a vosotros y a nosotros el misericordioso y querido Padre, mediante su bendito Hijo Jesucristo, en el poder de su eterno y Santo Espíritu, para su sempiterno honor y gloria. Amén.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

¹ Paradójicamente, son las comunidades neerlandesas las que no llevan el nombre de Menno: son llamadas *Doopsgezinde*, i. e. "gente del bautismo".

² Cf. págs. 317 y ss.

³ Cf. págs. 355-364 y particularmente la Conclusión (págs. 363-364).

⁴ Corresponde a la posición de los artículos II, III y IV de la *Unión fraternal* de Schiertheim (págs. 155-169).

⁵ Art. VI pág. 161.

⁶ Debido a la extraordinaria frecuencia de citas y alusiones renunciamos a identificarlas formalmente. Nos limitamos a anotar algunos textos que necesitan aclaraciones particulares, como, por ejemplo, citas de los libros apócrifos. En los casos en que una referencia aparece en el texto mismo es que la cita ha sido tomada del original.

NOTAS AL TEXTO

¹ Extractado del texto más extenso de todos los escritos de Menno, su *Contestación a Gellius Faber* (1554). Faber (o Smid) era un teólogo luterano de Emden. Escribió en 1552 un panfleto contra el anabaptismo. El presente fragmento de la *Contestación* de Menno ha sido publicado frecuentemente en neerlandés, en alemán y en inglés. En Wenger, *Obras*, págs. 668-674.

² Una de las pocas noticias que nos permiten fijar el nacimiento de Menno, alrededor de 1496.

³ "Hermanos" era así el "término técnico" utilizado desde afuera para designar a los radicales (sacramentistas y anabaptistas).

⁴ Es decir la muerte de Cristo ya en sí misma es suficiente para purgar la culpa original de los infantes.

⁵ En estas "consultas" se trata, por supuesto, de lecturas. La tradición popular menonita a veces alimentaba la leyenda de un Menno peregrinante hasta Wittenberg y Estrasburgo para consultar personalmente a los reformadores.

⁶ Menno cuenta en más detalles su autobiografía espiritual en un comentario devocional del Salmo 25 (en Wenger, *Obras*, pág. 65 y ss).

⁷ Menno afirma así haber llegado a su teología mediante estudio propio, y no como discípulo de Obbe Philips o de Melchior Hofmann.

⁸ Es decir no había roto con el catolicismo.

⁹ I. e. "Viejo Monasterio", cerca de Bolsward; eran melchioristas parecidos a los de Münster. El Oude Klooster cayó en marzo de 1535.

¹⁰ I. e., Menno continuaba practicando las ceremonias del culto católico aunque las reconocía como "abominaciones".

¹¹ Así confirma su tesis de independencia moral; predicaba su mensaje esencialmente anabaptista desde su púlpito católico.

¹² Esta decisión es la de renunciar al catolicismo; lo hizo hacia fines de enero de 1536.

¹³ Obbe Philips fue probablemente uno de los que así enrolaron a Menno Simons como "anciano" (Cf. pág. 331).

¹⁴ De 1536 a 1554.

¹⁵ *Winckelprediger*.

¹⁶ Aunque el texto se encuentra dentro de la *Contestación*, las expresiones de este último párrafo nos autorizan a concebir esta *Apología* como escrita primeramente aparte.

¹⁷ Es una clase de apéndice o epílogo al tratado *Clara exposición sobre la excomunión* (Wenger, *Obras*, págs. 477-485).

¹⁸ La distinción entre mandamiento (obligatorio) y consejo (que no se espera de todos) es clásica en la herencia moral del Medioevo. Los textos básicos en las partes precedentes del presente texto eran: Mt 18: 15-20; Ro 16: 16; 1 Co 6: 13; 2 Ts 3: 6-14; Tito 3: 10.

¹⁹ 2 Ts 3: 6.

²⁰ Un ala estricta del anabaptismo neerlandés aplicó la separación dentro de la familia hasta prohibir toda convivencia conyugal, o aun hasta ordenar el divorcio, interpretando así el modelo de 1 Co 7: 15. Menno afirma la prioridad del compromiso de fe y, por lo tanto, de la disciplina eclesial. Sin embargo, pone límites a su severidad:

- no quiere aplicar tales medidas sin el consentimiento del miembro fiel; no se puede imponer esta disciplina contra la esposa que no quiere romper con su marido;

- el miembro fiel seguirá proveyendo a las necesidades materiales del miembro separado:

- no habrá divorcio; siempre queda una apertura hacia la reconciliación;

- en los últimos párrafos de esta "Respuesta" llama a la flexibilidad y a la paciencia, distinguiendo entre este deber de separación y los mandamientos morales más rigurosos;

- afirma relaciones sociales comunes o "seculares" aun con el separado (ver próximas respuestas).

²¹ La traducción holandesa de Dt 14: 21, decía así en lugar de "no cocer el cordero en la leche de su madre", Menno la entiende como expresión simbólica de la paciencia pedagógica que no espera demasiada madurez de los inexperimentados.

²² Palabra clave de 1 Co 5: 9 en el texto latino; corresponde a *synanamignysthai* en griego. Equivale formalmente a comercio; se traduce como compañerismo, relaciones sociales, comunión, asociación o tener trato con alguien. Menno Simons subraya que Pablo no dice aquí *koinonia* o *communio*.

²³ Alusión al texto principal de la *Clara exposición* (Cf. nota 17, pág. 355).

²⁴ Cf. págs. 403-437, especialmente págs. 404-405.

²⁵ Cf. nota 17, pág. 355.

²⁶ El texto lleva al final la fecha "1550". Desde su abandono del catolicismo, en enero de 1536, pueden contarse unos 15 años hasta enero de 1551.

²⁷ Texto integral de un tratado de 1552. Wenger, *Obras*, pág. 525 y ss.

²⁸ "Estas cosas" quiere decir las acciones prohibidas por las leyes imperiales. A pesar de su perspectiva crítica frente al origen de las leyes (presión de obispos), Menno no niega toda la legitimidad a sus proscipciones. Prefiere sostener que los anabaptistas no son culpables de tales ofensas.

²⁹ Los donatistas y circuncilliones eran movimientos moralistas e independientes en las provincias africanas de Roma en los siglos III y IV. Contra ellos se dirigió la legislación represiva del emperador Teodosio, favoreciendo la única Iglesia Romana establecida. La continuidad entre la represión teodosiana y la del siglo de la Reforma no era invención de Menno sino que representa la interpretación oficial, tanto protestante como católica.

³⁰ Al mismo tiempo que el presente tratado, Menno publicó otro titulado *A todos los teólogos: una breve defensa*. Wenger, *Obras*, pág. 535 y ss.

³¹ El texto presente constituye aproximadamente la mitad de la obra *Una amonestación consoladora acerca del sufrimiento, de la cruz, y de la persecución de los santos a causa de la Palabra de Dios y de su testimonio*. (Wenger, *Obras*, págs. 602-622.) Los elementos precedentes que omitimos tratan acerca de:

I. Quiénes son los perseguidores;

II Por qué se persigue a los santos;

III Ejemplos bíblicos.

Intercalamos letras y cifras para hacer más visibles los puntos de su argumentación.

³² Particularmente la tradición zuingliana apelaba al Antiguo Testamento para justificar el concepto de la religión oficial y, por consiguiente, de la persecución.

³³ "Cristianos mixtos" o "confundidos" quiere decir que mezclan en sus prácticas elementos cristianos y paganos.

³⁴ La leyenda de Susana se halla en la parte deuterocanónica de Daniel (capítulo 13).

³⁵ La parábola de la cizaña del campo (Mt 13: 24-30) figuró de ambos lados en el debate entre anabaptistas y reformadores. Los anabaptistas apelaron al texto para condenar la persecución civil; el protestantismo oficial para rechazar la disciplina eclesíastica.

³⁶ Cita completa del Sab 2: 12-20.

³⁷ Según Wenger, esta defensa argüía: "No son las iglesias las que persiguen, sino el gobierno". Sería así un caso de la doctrina de "las dos espadas". Sin embargo, nos parece más bien que Menno Simons está contestando a otra excusa: el príncipe local descarga sobre el Imperio la responsabilidad de la persecución, sosteniendo que él no tiene otra opción que la obediencia.

³⁸ Menno añade en latín: *citat enim peremptorie*.

³⁹ Heb 12: 5-8. Se entiende que Pablo era el autor de la epístola.

⁴⁰ La cita es de 2 Co 4: 8-11; lo notable es que Menno Simons dice "en cierto lugar", es decir está citando de memoria los numerosos pasajes que llenan sus escritos.

⁴¹ Sab 3: 5-8.

TEXTOS ESCOGIDOS DE LA REFORMA RADICAL

⁴² Tobit es el personaje principal del libro del mismo nombre; Eleazar figura en 2 Mac 6 y la madre con siete hijos en 2 Mac 7.

⁴³ Los puntos que siguen repiten el bosquejo del libro.